UN FESTIVAL EN HADERSLEVHUSS

Theodor Storm

Fue en el siglo XIV en el norte de Schleswig que el caballero Klaus Lembeck estaba sentado allí en el espeso bosque de hayas en su alta fortaleza Dorning. Le había tocado después de la muerte de su esposa de Jutlandia; había hecho clavar su escudo de armas, una cabeza de buitre sobre un campo rojo, en la entrada de la puerta exterior, y construyó la muralla y el foso a su alrededor con el doble de espesor. Porque Waldemar Atterdag, el rey danés, guardaba un rencor secreto contra el hombre poderoso, quien una vez convirtió a su enemigo más feroz en su celoso canciller, pero luego lo rechazó nuevamente y se colocó con los condes de Holstein, los Schauenburger y el duque Waldemar de Schleswig. tenía.

Entonces fue una época salvaje para nosotros; el rey, aunque en vano, sitió la fortaleza de Dorning con su escuadrón de guerra; luego hizo las paces y, con infidelidad en su corazón, puso su mano en la del caballero. Poco después, sin embargo, cuando apenas había escapado de la persecución mortal del Atterdag, se mudó a la isla de Foehr para construir allí un castilloy dejó la fortaleza de Dorning a su hijo mayor. Pero esa no fue Henneke Lembeck, como escribió un cronista a otro, quien más tarde trajo problemas a la gente de Kiel porque habían puesto sus cabezas a los pies de algunos de sus atacadores; todavía había uno entre ellos, de quien todos los informes parecen casi perdidos: el hijo mayor del tan proclamado caballero era Rolf Lembeck y se sentó, aunque solo unos meses, en el castillo de Dorning. Era sólo la mitad del material de hierro de su familia, y prefería caminar con suelas ligeras y con delicadas túnicas de terciopelo o seda en lugar de una armadura; Solo había una historia de amor que contar de él, que de repente se hizo pedazos, cayendo como la luz de la luna en la confusión de estos tiempos oscuros; pero los cronistas no tuvieron nada que ver con eso. Y aunque su vida apenas alcanzó un cuarto de siglo, fue uno

Caballero alemán, de ojos azules y cabellos rubios, de juventud alegre, fácil y con un ardiente amor por la vida.

Pero sé de él; y lo que se me apremia hoy para contar.

Klaus Lembeck no quería convertir a su hijo mayor en un erudito; pero como él, si mejor aún, debería poder usar la cabeza y el puño, y ambos tenían que ser practicados al mismo tiempo. Así que lo mantuvo como un clérigo, que guió al hombre de trato fácil por las ciencias del quadrivium; así que lo envió a la Universidad de París, mientras la peste aún estaba en temporada, y el escudero inmediatamente comenzó estudios celosos: aprendió a hacer esgrima en la corte, aprendió a bailar y a tocar el laúd, también a tejer baluartes tintineantes, y todo lo demás de las bellas artes que aún quedaba dejó los más pesados a los demás. Luego tuvo un feliz año de juventud en la nueva universidad de Praga, donde el rey alemán Carlos tenía actualmente su corte. Aquí conoció a los grandes poetas alemanes, Iwein y Armen Heinrich de Hartmann von Aue, las canciones del austriaco von der Vogelweide, incluso había leído un fragmento de Parzival de Wolfram; pero lo que había cautivado por completo su corazón era la canción de amor del maestro de Estrasburgo de Tristán e Isolda.

Ante el nombre de largo alcance de su padre se abrieron muchas puertas nobles, incluso las más nobles. En un gran festival de danza en Hradschin, que también glorificaba la presencia del rey, Rolf Lembeck fue uno de los bailarines más ágiles y voló de una belleza a otra en los altos salones iluminados por velas. El rey estaba de pie junto a una ventana conversando con la joven condesa de Julich; pero los ojos marrones de la dama siguieron a una pareja de baile. "Oh, Su Majestad, as

¡Mira a ese buen escudero!, exclamó, ¡baila como un francés!

Los ojos del rey habían seguido a los bailarines por un rato; luego asintió y envió un paje para llamar a la joven bailarina.

Rolf Lembeck, sin embargo, le había pedido permiso a su compañero y luego, echándose hacia atrás su cabello rubio, se presentó al rey con una reverencia cortés. Este último lo miró con satisfacción, pero luego sacudió la cabeza y, volviéndose hacia la condesa, dijo: "¡Se equivoca, bella dama! De lejos uno quisiera creerlo; No así, escudero, ¿nunca fuiste un francés para mí?

"Dado que Su Majestad me honra con tal pregunta", respondió Rolf Lembeck, "soy un Holste, caballero real; pero estuve dos años en la Universidad de París.» Y añadió con una sonrisa: «¡Bonarum artium causa, por las bellas artes!».

"¿Y estás estudiando ahora", dijo el rey, "bonas artes en nuestra Praga?"

El escudero hizo una reverencia silenciosa. Luego se le permitió decir que era el hijo de Klaus Lembeck en el lejano Schleswig, y el rumor había llegado a la corte del rey sobre sus tratos con el rey Waldemar.

-No pensé -dijo este último- que hubieras crecido sobre un tronco tan duro; pero -y agitó la mano graciosamente- ¡sigue bailando y complaciendo a nuestras bellezas con tus buenas artes! ¡Se supone que me hablarás de París más tarde!

Y Rolf Lembeck voló de nuevo al baile, con cuánto anhelo estaba abierta su boca roja y sus ojos brillaban como fuego azul mientras buscaba a la más hermosa en el salón, y cuando se inclinó humildemente frente a la elegida, un rojo brillante de alegría disparó a través de sus mejillas.

El rey, que había pasado parte de su niñez en París, escuchó los cuentos felices del escudero en festivales posteriores, y cuando este último dejó la espléndida Praga, tomó el título de caballero de manos del más alto señor como un adorno más en el viaje de regreso a casa. Pero el rey, cuando más tarde la anciana dama de honor le preguntó por qué le había hecho tal honor al joven Holstein, respondió con una sonrisa: "Bonarum artium causa, condesa; los ha estudiado admirablemente."

Rolf Lembeck no se había ido a casa por su propia voluntad, su padre lo había llamado; lo había cortejado por un marido casadero, "porque", había dicho, "hay que atrapar al pájaro, se está poniendo demasiado caliente para que él huya".

La mujer era la joven viuda de un caballero de Holstein, Hans Pogwisch, que había sido cortado de su caballo en las batallas de los condes de Schauenburg contra el rey Waldemar; pero ella misma pertenecía a una rama subsidiaria de los gobernantes Schauenburger y no estaba demasiado apegada a la tierra y la arena. Su mente probablemente estaba en llenar su cama de viuda vacía; pero primero quería ver con sus ojos al joven caballero, no otra vez a un esposo como el difunto.

Durante la guerra se había retirado a su granja de Holstein, y cuando trajeron a su esposo, herido de muerte, a la casa, ella se sentó pacientemente junto a su cama. El verdugo del pueblo vecino era

estado allí, vendado y pegado con el yeso de Apolonio; pero él había negado con la cabeza.

Frau Wulfhild no dejaba de ponerse vendas mojadas; lo hizo como un negocio más que se sobreentiende; pero la serenidad de su bello rostro no era la esperanza segura de la curación de los heridos, pues se volvía más alegre cuanto más palidecía la enferma de día en día. Ella asintió y se dijo a sí misma de manera inaudible: «¡Paciencia, sólo un poco más!» Porque el hombre que ahora yacía impotente ante ella había pasado su vida en la bebida, los juegos y el ruido salvaje; había despreciado abiertamente a su bella esposa por las prostitutas de pelo áspero.

De vez en cuando solo tenía control sobre palabras sueltas; ellos también, esperaba, pronto se callarían.

Se sentó a esperar en la mal ventilada habitación del enfermo y escuchó con indiferencia a las ratas que corrían en tropel por el piso de arriba. Pero el moribundo quería que lo dejaran en paz: de repente agarró la mano de su esposa y señaló el techo con un dedo apenas levantado; no pudo encontrar la palabra. Ella lo miró con calma. "¿La mato?", preguntó; y después de un tiempo se arregló; su cabeza intentó asentir en silencio. "¡Las ratas!" tartamudeó.

E hizo que el pastor trajera hierba para ratas, tomó una parte y puso el resto en su cofre. Luego se hizo el silencio en el dormitorio; las ratas yacían retorciéndose en su agonía en los rincones del suelo.

Pero el herido comenzó a hablar más claramente una mañana, y sus maldiciones se hicieron más fuertes; entonces su mujer se asustó y temió que la mala vida con los sanos bien pudiera empezar de nuevo. Por eso dejó al verdugo, cuyo secreto conocimiento le preocupaba tanto.

hecho, y en su lugar se procuró un cirujano, cuyo arte aún no había curado ninguna herida. Trajo otras curitas y medicinas, y cuando volvió a su libreta, dijo con la cabeza vuelta hacia atrás: "¡Ánimo, noble dama! ¡Tu lecho matrimonial no debe quedar huérfano! ¡Y volveré mañana!«

Luego se alejó; pero la hermosa mujer permaneció de pie en el poste de la puerta y lo vio cabalgar por el campo durante mucho tiempo. Ella tiró de su cabello rubio dorado lentamente entre sus dedos y sus dientes blancos mordieron un trozo de paja que había recogido. "¡Las ratas!", de repente soltó de sus labios, y sintió que la sangre subía repentinamente a su garganta. Pero no podía deshacerse de él; Seguía volviendo a ella: "¡Las ratas!" La siguió por las escaleras y los pasillos, y en la enfermería no pudo ser ahuyentado. Y cuando llegó la noche, la condujeron en la oscuridad al cofre, y su mano temblorosa buscó a tientas el resto del polvo. En la bebida que Frau Wulfhild le dio a su esposo esa noche, él bebió la muerte.

Dos días después, el cadáver estaba expuesto en el zaguán sombrío; pero sólo Frau Wulfhild se mantuvo erguida con los brazos cruzados a la altura del pecho y miró el duro cadáver con los ojos cada vez más abiertos.

"¡Adiós, Hans Pogwisch!", dijo; "¡La pelea ha terminado, incluso entre nosotros! ¡Me defendí con fuerza contra tu mano! ¡Otra vez, ya no te importa!"

Una sirvienta había entrado con túnicas de luto en los brazos; y en silencio la viuda se apartó del hombre muerto y caminó con ella a la cámara, donde aún estaba el lecho nupcial para ella y el hombre muerto. La dama de honor le puso el largo escapulario bordado con lágrimas negras y le ató la cuerda monacal a la cintura.

cuerpo flexible; pero ella no le prestó atención.

Solo cuando el sirviente le acercó el espejo de metal para que lo examinara, se sobresaltó como si fuera un sueño. "¡Orad a Dios, que me ha dejado viuda!", exclamó. "¡No me casé con la Muerte por eso, después de todo!" Luego, desabrochándose el cinturón con una mano rápida, se lo tiró y rasgó la túnica ceremonial de un tirón de arriba abajo casi hasta el dobladillo. "¡Tráeme mi vestido de lana marrón, eso será suficiente!" Y la doncella asustada salió silenciosamente de la cámara para llevar a cabo la orden de la severa señora.

Witib miró con recelo al clan del muerto cuando esto se supo; Pero Klaus Lembeck se había dicho a sí mismo: 'Esta es la mujer para Rolf Lembeck; ¡mantendrá al pájaro volando!» Vio bien que sólo ahora la plenitud de la vida en esta mujer empezaba a desarrollarse plenamente: dejaba vagar alegremente sus brillantes ojos azules y su ondulado cabello dorado caía libremente sobre su orgulloso cuello; pero por muchos que codiciara, no vio a ninguno a quien pudiera entregarse ahora.

Entonces, una mañana de primavera, Rolf Lembeck entró en su habitación con su padre. La hora estaba predestinada, y durante mucho tiempo, con un latido acelerado, ella se había paseado de un lado a otro; pero cuando las figuras juveniles ahora se enfrentaron, después de la reverencia solemne ambos no pudieron encontrar la palabra para dirigirse a ellos; se miraron, sorprendidos por su belleza.

Klaus Lembeck sonrió en su barba. "Mi hijo Rolf Lembeck, noble dama", dijo, "quien, por lo que veo, casi ha cerrado la boca al ver tu belleza".

Ella respiró profundamente: 'Está bromeando, Herr Marshal; ¡Tu noble hijo debe haber visto mujeres más hermosas en París y en el reino!

Pero Rolf Lembeck exclamó: »Perdónenme, muchas mujeres hermosas; ¡pero no una mujer de Schauenburg!« Y ambos ojos se hundieron el uno en el otro.

Debe haber complacido al anciano caballero que estuvo allí casi olvidado por un tiempo. Pero luego habló: »Ya veo tu voluntad; ¡solo se necesita la obra de arte del escriba!»

Frau Wulfhild alcanzó una campana que estaba sobre la mesa.

"¿Qué quieres, mujer?", preguntó el caballero.

—Llama al escriba por ti —dijo sonriendo—, ¡que me gustaría un padre como tú, caballero!

"¡Gracias, hermosa dama!", exclamó el anciano. "Bueno, Rolf, ¿quieres a esta mujer fuera de la mano de tu padre?"

Rolf ya se había llevado la mano de la bella mujer a la boca y dicho su tranquilizador "Sí" cuando Klaus Lembeck sacó un trozo de pergamino. "No necesitamos un escriba", dijo, asintiendo cómodamente; "¡No entraré en un campo tan dudoso sin armadura! Sé qué propiedad es suya, Frau Wulfhild; ¡puedes ver por esto lo que le estoy dando a mi hijo! ¡Ahora lees lo que he escrito según tu sentido!«

Desenrolló la sábana y miró dentro; ella no ha leído nada de eso; ni era necesario, pues Klaus Lembeck procuraba no engañar a nadie en tales asuntos. Mojó una pluma en su tintero y escribió a grandes rasgos debajo del documento: "Wulfhild von Schauenburg, Hans Pogwisch' Witib".

Y cuando, juntos, Rolf también hubo firmado el borrador del acta de matrimonio con una mano apresurada, se hizo la promesa, y Klaus Lembeck dijo alegremente: "¡Que el notario del conde y el sacerdote hagan ahora lo último!"

Frau Wulfhild estaba de pie en medio de la habitación con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes, dos dedos de su mano blanca en la del joven caballero; pero ahora, cuando los hombres querían despedirse, ella se inclinó hacia el joven y le dijo en voz baja: "¡Ahora el beso, el beso de compromiso, Rolf Lembeck!" Pero cuando el beso se hubo dado y tomado, le agarró las manos con violencia. y se enderezó, casi a la altura de él, lo miró con sus ojos ardientes. '¡Estuviste en el Reich, Rolf Lembeck!', gritó, y sonaba como si estuviera apasionada: 'Se supone que el servicio de mujeres todavía existe allí; ¡pero quiero al marido solo! ¡Malditos sean los labios que tocan a otra mujer!

Rolf Lembeck se sorprendió; pero cuando la vio en su belleza salvaje ante él, la agarró y la besó apasionadamente y gritó: "¡Puede ser fatal, Wulfhild!"

Pero el anciano dijo para sí: "La obra está bien establecida".

Los hombres se habían despedido; la mujer se había quedado atrás en la habitación; se puso de pie y escuchó los pasos que resonaban en el pasillo frente a su habitación; entonces no pudo evitar abrir la puerta, como si quisiera buscarrastros en las tablas del suelo del apuesto hombre en el que se había convertido. Mirando a su alrededor, vio al escriba Gaspard sentado en un taburete cerca de la puerta; su gorra marrón, que colgaba junto con su abrigo del mismo color en la parte posterior, se había deslizado de su pelo negro y corto de modo que la cola y la bola colgaban en la parte posterior de su cuello; Se sentó con las piernas cruzadas y miró las tablas del suelo con la cabeza torcida, como si quisiera recoger algo de allí con su nariz puntiaguda y picuda. Era un tipo extraño, con una cara afilada de anciano; le gustaba entrometerse en los asuntos de los demás y estaba lleno de canciones y proverbios; pero los sirvientes lo llamaban "Gaspard el cuervo", y el cuervo era muy importante para sus gobernantes.

"¿Eres tú?", dijo la hermosa mujer. "¿Cuál es tu negocio aquí?"

—Ninguno, señora; Pensé que la había encontrado contigo —respondió sin levantar la vista.

"Fueron adquiridos", dijo; "No había nada más para ti".

"¡Lo sé, lo sé!" Luego cantó suavemente para sí mismo con su voz aguda.

El gallo de oro a las siete.

Por eso es el gallo -

va con siete gallinas,

Con raspadores y con sirvientes

¡Ni siquiera puede hacer eso!

«¡Deja en paz al tonto, Gaspard!», gritó la señora. "¿Qué estás haciendo aquí?"

"¡Escuchar es un negocio ingrato!", dijo.

"¿Y lo hiciste después de todo?"

"¡Solo para ti, noble dama!"

"¿Por qué estás mirando las tablas del suelo frente a ti?", preguntó de nuevo.

"¡Para ti también, noble dama!", dijo. 'Vi buenos consejos allí; pero ahora veo que no vale la pena retomar más'".

Ella se rió: 'Gracias; ¡Ya lo he encontrado yo mismo!
Pero no te conviene contar a la mujer Schauenburger entre las gallinas;
¡gracias a mi suerte que te doy el castigo!'

Gaspard bajó la nariz y la boca como si tragara nueva sabiduría; luego saltó con prisa para besar la túnica de su ama.

Cuando la boda se celebró en la corte de la novia, Klaus Lembeck se trasladó a la isla para construir su castillo; el albañillo había llamado, porque entre los obreros, como los hombres allí la mayoría eran de mar, había mucha gente extranjera y del desierto, de modo que se necesitaba al mismo albañil poderoso; la obra también estaba tan avanzada cuando aprobó el plan. Sin embargo, en las primeras horas de una clara mañana de abril, los jóvenes esposos, con un séquito de sirvientes, funcionarios y mujeres, se dirigieron hacia el norte en carros ya caballo a través de Schleswig hasta el castillo de Dorning. No se sentaron sobre mullidos almohadones: uno al lado del otro, pero cada uno en su propio caballo Frau Wulfhild en su caballo gris claro, en su semental negro Rolf: habían cabalgado a la cabeza de la procesión; pero a menudo los animales se amontonaban; entonces la mujer se arrojó a él con su pecho, que Rolf apenas pudo conquistar al semental.

El día se había tornado caluroso y ya era tarde cuando subieron por el sendero que conducía al castillo. Cuando hubieron atravesado el primer anillo de muros y los cascos de sus caballos golpeaban el puente levadizo que habían bajado sobre la profunda perrera, Frau Wulfhild miró hacia abajo al ejército de postes puntiagudos con los que se llenaba la zanja: a en el mismo momento penetró desde abajo, detrás de una puerta, un aullido salvaje. "¿Qué es eso?", le preguntó al joven esposo.

¿Allí abajo, Wulfhild? Estos son los perros favoritos de mi padre; los deja correr en la zanja por la noche tan pronto como se levanta el puente. ¡Queremos que los maten, porque son lobos feroces y plantan un jardín de hierbas con flores en lugar de los postes puntiagudos!

"¿Entonces?", dijo pensativa. "¡No, no, déjame tener los lobos! ¡Tienes un padre sabio, Rolf!«

"¡Como desee, alta dama!", exclamó alegremente el caballero.

Pero frente a ellos, desde la torre de la puerta, el centinela sopló cada vez con más fuerza, y abajo, desde la puerta abierta de par en par, llegó un estruendo y el sonido de armas; entonces espolearon a sus caballos y corrieron delante de su escolta. En medio del patio, alrededor del poderoso tilo que ya estaba verde, los burgueses y los sirvientes se pusieron de pie y los saludaron con un fuerte grito: "¡Heil Ritter Lembeck, nuestro señor! ¡Salve a su hermosa esposa, salve!« Frenaron sus monturas, y los ojos de Wulfhild volaron sobre la densa multitud como si estuviera gobernando; pero cuando la gente dio un paso atrás, un pozo quedó vacío, en cuya superestructura de piedra colgaba el cubo. "¡Ja, agua!", gritó. "¿Quién me dará un trago de bienvenida desde allá abajo?"

Entonces hombres y mujeres corrieron al pozo y derribaron el balde; pero, afortunadamente, estaba encadenado y traqueteaba mientras caía. Pronto, el guardián del castillo salió por la puerta del castillo con una copa de vidrio, y después de llenarla con el manantial claro, el anciano se la ofreció a la señora.

Ella lo recogió para que los rayos del sol brillaran; luego bebió y gritó: »El agua es buena aquí en el Burghöhe; ¡pero, gente, Frau Wulfhild también se encargará de que no haya escasez de hidromiel y carne!

Luego hubo un nuevo grito, y en medio se oyó el aullido ahogado de los lobos desde el exterior. Pero Rolf Lembeck susurró a su esposa: "Te estás volviendo peligrosa, Wulfhild; ¡Lo quieres todo, a mí y a mi gente!"

Ella solo sonrió; pero cuando tuvo al apuesto hombre solo en la habitación, lo estrechó entre sus fuertes brazos. ¡Te quiero a ti, a ti, Rolf! ¡Qué me importa el otro!«

El joven esposo la miró a los tiernos ojos como si estuviera resolviendo acertijos.

El patio exterior se había vaciado gradualmente; sólo Gaspard, el cuervo, a quien la señora no había dejado atrás, seguía sentado bajo el tilo en el banco de piedra que rodeaba su tronco. Se sentó meditando; conocía a su amante: ella tenía la sangre del gran Gerhard en ella; el Kunkel no era suficiente para ella. De vez en cuando, una fina risa atravesaba sus estrechos labios; luego, como con desaprobación, sacudió la cabeza. “¡Cuidado, Frau Wulfhild!” En voz baja, pero con un acento agudo, lo llamó hacia la puerta del castillo; “¡El pájaro aún no es tuyo!”

El cuervo había graznado; un soplo del clima aún oculto podría haberlo tocado; no sabía de dónde se suponía que venía. Pero quiero decírtelo ahora.

A una milla al este de Dorning, más allá del pueblo de Hammelef, se encontraba el castillo de Haderslevhuus, más tarde demolido en el siglo XVI; también se le llamaba fortaleza de montaña, porque así estaba sobre una colina de poco más de ochenta pies en este país de baja altitud. Un antiguo hayedo lo cubría y casi sepultaba el castillo en sus cimas; pero también se extendía hacia el este, pero de tal manera que allí un estrecho sendero arenoso pasaba por la empinada ladera y el

la parte superior de la torre roma del castillo. Cualquiera que fuera un poco más lejos llegaba a un camino de entrada, arqueado por los árboles más viejos, que serpenteaba hasta el castillo; Los que no pertenecían allí o no tenían nada que hacer allí fueron llevados mil pasos por el camino hacia la ciudad. Sin embargo, antes del comienzo de ese camino arenoso, otro camino más ancho conducía hacia el oeste en una amplia curva alrededor de la colina del castillo y a través del paisaje abierto hacia el mismo destino. Esta era la forma habitual de la ciudad; porque en el otro, años atrás, un lobo había despedazado a un niño campesino, ya la gente no le gustaba ir allí.

El fuerte castillo, cuyo origen no parece conocerse por el momento, estuvo en prenda del rey danés Waldemar Atterdag durante años, aunque pertenecía a la dote de la viuda del duque Erich. Un caballero de Schleswig, Hans Ravenstrupp, estaba sentado allí como el capitán del palacio del rey, un hombre de constitución poderosa. Adolescente, una vez había sido un tipo salvaje y tenía un puño rápido; casi había matado a su propio hermano una vez en una ira repentina. Pero cuanto más crecía su poderosa figura, más temido, incluso invocado como el juez superior de las disputas, más suave se volvía su moral; le ayudó también la disposición alegre y buena que el Señor le había dado al mundo. Así que se había convertido en un hombre feliz y sólido. En algunos de los asuntos de su rey había luchado ferozmente y con fortuna; Cuando llegó a casa con su gente del castillo, su tierna y morena esposa, tres hijos y dos hijas, todos llenos de fuerza y forma, se pararon frente a la puerta abierta, agitando ramas de haya verde en sus manos; luego saltó de su corcel de guerra y cruzaron el patio hasta la gran puerta del salón inferior, que la duquesa había derribado aquí sólo unas décadas antes; y suerte

y la paz fue con ellos. En las tardes de verano, cuando los excursionistas o jinetes bajaban por el sendero arenoso, a menudo escuchaban risas o los gritos de voces de niños felices por encima de ellos; además de una profunda voz de hombre, que intervino con dulzura. Perteneció al caballero Hans Ravenstrupp, que compartía aquí su ocio vespertino con su mujer y sus hijos; porque el jardín del castillo, que este edificio principesco poseía como excepción, estaba detrás de fuertes almenas. La ladera aquí caía empinada y desnuda; pero justo al lado, un álamo italiano, una rareza en este país en ese momento, había crecido tanto que probablemente superaba los seis metros el muro. Una mariposa artificial hecha de plumas de gallo de colores brillantes, que había hecho la hermana mayor Heilwig y que su padre había pegado, revoloteaba ahora en un hilo ligero en una de sus ramas superiores. El niño mayor estaba de pie detrás de los lechos de hierba junto al arbusto de tejo, con la ballesta desenvainada preparada; la más joven, la pequeña y dulce Dagmar, había tomado a su madre en sus brazos para que pudiera verlo todo. Ahora volvió a soplar un soplo de aire que hizo revolotear al pájaro de verano. «¡Dispara!», gritó el padre, y la flecha voló de la ballesta del muchacho; una pluma voló de la mariposa y el viento la llevó por los aires. Todos aplaudieron, papá y mamá también, y la dulce Dagmar soltó su risa infantil y no dejó de enrojecer sus manitas.

Todo cambió. Unos años más tarde, una tarde de septiembre de 1349, cuando el caballero estaba trabajando con su escriba Dagmar, que entonces tenía once años, y con ellos venía su hermano Axel, que era un año mayor.

se abalanzó sobre él con rostros asustados. Levantó la vista un poco a regañadientes: "¿Qué es? ¿Qué pasa, niños?"

Estaban casi sin aliento; pero Dagmar, la cosa esbelta, se había acercado a él con los brazos en alto, como si fuera a contarle una historia terrible.

"¡Buenas noches!", gritó. "¡Está cayendo la noche, padre!" Y los ojos negros de la carita estrecha lo miraron.

El caballero miró a su alrededor: tenía razón, el sol había salido. Extinguido las paredes de la cámara estaban desoladas y sin luz.

"Sí, señor", dijo el escriba; "cae como ceniza sobre la escritura".

"¡No, Ringang, no como cenizas!", gritó el niño; »Lo vi: muy al norte, una niebla negra se levantó de la tierra y flotó hacia nosotros como una nube; ¡Mira, se está poniendo muy oscuro aquí! ¡Ven, sal!

Ambos niños tomaron la mano de su padre; y se dejó arrastrar por ellos fuera de la cámara, y hasta la torre roma; la madre con la hija mayor y los dos hijos mayores también se unieron a ellos al salir de los pasillos y habitaciones. Cuando hubieron subido a lo alto de la torre, algunos de los sirvientes ya estaban allí de pie y se hacían a un lado con deferencia; todos guardaban silencio, sólo la anciana conductora susurraba con su voz ronca a uno u otro: "¡Se están cumpliendo los signos del Señor! ¿Recuerdas cómo trece vacas de repente se volvieron locas alrededor de Yule? Y como cortamos el primer pan de cebada después de hornearlo, ¿no cortamos en sangre negra? Del Señor

¡Corte! ¡Oh todos los santos, sed nuestros ayudantes!” Pero nadie le respondió.

La dama del castillo había tomado la mano de su marido, y pronto todas las manos de los niños estaban en la de él; porque ya el espectro negro de vapor que venía del norte se había extendido sobre ellos y se había hundido en la tierra en un silencio espantoso.

"¡Ven!", dijo el caballero en voz baja, bajando los escalones con su familia primero. Y todos lo siguieron hasta la pequeña capilla del castillo, cuya manija de la puerta solo se podía encontrar con una mano a tientas. En el interior, sin embargo, negros copos de niebla flotaban bajo el techo abovedado y ocultaban el rostro del crucifijo sobre el altar mayor; y de la imagen de la Madre de Dios resonó la voz desgarrada del viejo conductor: '¡Oh Virgen Santa, tus ojos! ¿Dónde están tus ojos?’ Todos estaban de rodillas en las sillas y rezando en silencio, y con las manos juntas clamaban a Dios ya todos sus ayudantes.

Podrías haberte salvado a ti mismo; porque había llegado la muerte negra, que devoró el mundo y contra la cual nada podía evitar morir.

Esa misma noche le sopló al menor, y le ardieron los intestinos, sus labios se le volvieron como hollín, y al tercer día en lugar del hermoso muchacho estaba sobre la cama un cadáver asustado, negroazulado, que estaba arrugado en agonía; luego agarró a la hermosa hija mayor, luego a los otros dos hijos; y todos murieron, todos. Los salones y las habitaciones solían día tras día a hierba fresca y tomillo, que se esparcía por todas partes para protegerse del aire malo y pestilente; pero la madre tierra y sus hierbas

no tenía más poder curativo; era como si hasta el Señor Dios hubiera perdido poder sobre su tierra.

Luego, un par de lunas parecieron detener la muerte en el palacio; Entonces un día la dama del castillo llegó a la habitación de su marido, encorvada y con el rostro desfigurado. "¡Benedikte!", gritó.

"Sí, Hans, ¡tengo que dejarte también!"

"¡No tú! ¡Tú no, Benedikte! Y le tendió los brazos. "Señor Dios, ¿dónde estás? ¡Señor, protege a tu pueblo!«

Pero antes de que él la tocara, ella huyó con sus últimas fuerzas. ¡Ade, mi amor! ¡Oh, dulce Dagmar!', así que ella respondió.

Él había querido seguirla, pero un terror inconsciente lo había retenido; luego se dirigió tambaleándose a su cámara nupcial; pero estaba vacío, y sin poder para los sentidos, se hundió en la camagrande.

El conductor, que aún vivía, lo encontró al día siguiente; pero ella reconoció que la gran muerte no se había apoderado de él.

Mientras lo cuidaba, su esposa había desaparecido, y Dagmar, a quien nadie cuidaba, con su cabello negro azulado enredado alrededor de su carita pálida, corría por pasillos y pasillos, llorando por su madre. Entonces una de las prostitutas quiso traer una prenda de ropa de una habitación lejana; pero ella cayó hacia atrás gritando, porque en una cama vieja yacía un cadáver negro, al que el

el sol de la tarde brillaba en su rostro. Cuando llegaron las otras mozas, vieron que era la dama del castillo que había muerto sola aquí.

Cuando el caballero despertó de su confusión, su esposa ya no estaba en la casa. Los niños estaban acostados en el cementerio cercano; pero hacía mucho tiempo que no tenía más tierra para nuevos muertos; Al lado del bosque había una tierra baja, donde se había marcado un cuadrado con estacas, al que se llevaba a todos los que habían muerto. La esposa del caballero también había sido enterrada afuera en el "Pestacker"; así le dijeron ahora.

No respondió una palabra a esta noticia; pero pronto se levantó de su cama. Con el cinturón suelto alrededor de la túnica gris, la gorra de nutria apretada sobre los ojos, caminó lentamente por todos los pasillos y pasillos que se cruzaban de todo el edificio, subiendo y bajando las escaleras; de cuando en cuando abría una puerta con sus pesados goznes, se paraba como insidiosamente en el umbral y miraba en la habitación lúgubre: pero las celdas estaban todas vacías y en un silencio sepulcral; donde había dormido el mayor, el petirrojo hambriento que el pequeño Axel una vez había atrapado y llevado a casa para ella, todavía yacía en el alféizar de la ventana; a nadie se le había permitido abrir las celdas desde que las figuras juveniles habían sido levantadas allí como cadáveres terribles.

La vida y el trabajo quedaron en ruinas, todo el orden y los negocios se disolvieron; pero todos los días, por la mañana yal ponerse el sol, el caballero hacía sus lúgubres paseos por el castillo; no pensó consigo mismo por qué; tampoco tenía nada más que hacer. Dagmar había caminado en silencio detrás de él un par de veces, pero él no miró hacia atrás; incluso cuando ella dio un paso adelante con miedo y anhelo, solo las manos de él se apretaron con más fuerza sobre su espalda, y sin

otro movimiento en el que caminó. Entonces se detuvo, se llevó los dedos a los labios temblorosos y se tragó algunas lágrimas que caían de sus ojos; luego se dio la vuelta y buscó su tranquilo refugio con el viejo conductor.

Sólo una vez, porque al pasar junto a él la carita pálida lo miraba en silencio e implorando, no avanzó más en su camino de la muerte. De repente pensó en una prima de su difunta esposa, que en su juventud en la corte de Turingia se había contado durante un breve tiempo entre las mujeres cultas; pues sabía leer y escribir, incluso había estudiado el Virgilio; también había entendido el bordado de paramentos y artes semejantes. Ahora era vieja y vivía en un pequeño pueblo con una pensión que le había dado el clan.

El caballero se fue a sus aposentos; se sentó en su escritorio e invitó al primo a ir a su casa a enseñar a Dagmar. Y no pasó mucho tiempo antes de que ella apareciera con sus pequeños efectos domésticos; Entre ellos había un pequeño paquete de rollos de pergamino y hojas de papel, una Madre de Dios pulcramente tallada y una pequeña cantidad de paneles de vidrio, para los cuales, a pedido de ella, la ventana de su habitación, que por lo demás solo estaba cubierta con delgadas intestinos, se preparó.

Desde entonces Dagmar vivió y se acostó con la base. - ¡Queremos que sea bueno juntos, niña!- dijo la anciana, mientras se sentaba por primera vez al lado de la niña en su amplio sillón.

Y Dagmar agarró sus dos viejas manos.

"¡Pero estás temblando, niña!", exclamó el primo.

"¡Sí, Bas', estaba tan solo aquí!"

Y los buenos ojos viejos miraron con ternura a la cosa pálida; pero Dagmar seguía temblando, hacía mucho tiempo que no estaba acostumbrada a las caricias. Poco a poco, solo unos meses después, un tierno rubor apareció en sus mejillas nuevamente, y la dulce mirada estaba allí nuevamente; y no importaba la edad que tuviera, todavía tenía a alguien a quien pertenecía, que no tomaba a nadie más en sus brazos sino solo a ella.

Pero el caballero se había convertido al final en un hombre siniestro; el deleite y la bondad de su corazón estaba con los muertos; contra los vivos su mano fue de hierro.

Así pasó el tiempo durante unos años. El rey había impuesto fuertes impuestos, siendo el más duro el diezmo del ganado, y se imponían severas sanciones por declaraciones falsas de ganado. El capitán del castillo se sentó en el cuello de los alguaciles para asegurarse de que todo se recogiera puntualmente. "El rey lo quiere", fue su única respuesta cuando se quejaron de la impotencia del pueblo. Luego, cuando los pobres se interpusieron en su camino, les dio la espalda en silencio y se alejó hasta que el grito de miseria se apagó detrás de él.

Un día de otoño, cuando el olor de las hojas caídas ya entraba por la puerta abierta del gran salón de abajo, una mujer irrumpió justo cuando el caballero estaba a punto de salir. Era viuda, profundamente endeudada y severamente expiada por ocultar dos reses. Cuando ella se interpuso inesperadamente en su camino, él le espetó: "¿Qué quieres? ¡Fuera de mi camino!"

La mujer estaba asustada; ella no pudo responder, pero sus párpados se abrieron como si estuviera revelando su alma a la mirada enojada del hombre. "¡Ten piedad!", susurró, apenas audible, y se arrojó sobre las baldosas.

El caballero quiso pasar junto a ella, pero el grito de la voz de un niño lo detuvo. Mirando a su alrededor, vio a su hijo; todavía estaba de pie con un pie en el último escalón de la escalera que bajaba de la torre de la escalera; las manos pequeñas, que asomaban por debajo del dobladillo negro de las mangas del vestido blanco, colgaban inertes; sus ojos oscuros lo miraron alarmados.

"¿Eres tú, Dagmar?", dijo; tal vez no le había dicho una palabra en un año. Pero ella, al oír su voz, voló a su cuello y lloró su cabeza contra su pecho.

El hombre fuerte tembló y preguntó suavemente: "¿Qué quieres, hijo mío?"

Entonces ella también habló, pero sin levantar la vista: "¡Ten piedad, padre!"

Pero él levantó su puño al cielo y exclamó: "¿He encontrado misericordia? ¡Me rompí las manos en oración! Dios guardó silencio, y yo también".

Entonces la cabecita morena se alzó hacia él, y de los ojos del niño salió una súplica tan dulce y dolorosa que calló y apretó el tierno cuerpo contra sí con ambos brazos, como si tuviera que aplastarlo: "¡Hijo mío! ... ¡Vives!...

¡Vives!» Y sus ojos bebieron el brillo juvenil de los de ella.
"¡Oh, suerte en la tierra, Dios ten piedad de mí!"

La pobre mujer seguía de rodillas y había presenciado este proceso sin decir una palabra; ahora, una mano extendida contra ella: "¿Sigues aquí, mujer?"

"¡Sí, señor!" Y su voz temblaba de anticipación.

"¡Así que vete a casa! ¡La penitencia, yo la pago por ti!" Y una vez más, cuando ella ya había salido, él la llamó: "¿Cómo te llamas, mujer?" Y cuando ella se lo hubo dicho, él dijo: "Pues vete a tu casa, Trin Harders, y corazón a tus hijos! Has visto que nuestro Dios vuelve a tener misericordia de su pobre siervo.

Luego levantó a su pequeña hija en brazos y la llevó a su habitación. "Dagmar, hija mía", dijo, bajándola suavemente al suelo, "está tan brillante aquí hoy, ¡y sin embargo, el sol no brilla en el cielo gris!"

Así que ahora Dagmar estaba entre el padre taciturno y su prima de casi setenta años y nunca la vio igual. Su mundo era el lúgubre castillo y, cuando llegaban la primavera y el verano, el jardín que se extendía detrás de él, donde aparte de ella no se oía más que el zumbido de las abejas y los abejorros y, al otro lado del profundo sendero arenoso, el canto de los zorzales del bosque. El caballero nunca había puesto un pie allí desde la muerte de su esposa; porque de lado, más allá de las copas de los árboles del bosque, brillaba la mancha gris del campo de la plaga. Pero a los ojos de Dagmar les gustaba mirar hacia allá, o estaba sentada en un banco junto al cual se elevaba el alto álamo, y bajo el zumbido y el canto

Vio pájaros disparando al pájaro de verano como lo hizo una vez su hermano.

La mayor parte del tiempo, por supuesto, se sentaba arriba con el primo en la habitación con los cristales de babosas; cosía y bordaba; También aprendió vocabulario en latín o anotó con un bolígrafo lo que la base le había recetado. En el medio, llegó su padre, acarició suavemente su cabello oscuro y luego se alejó de nuevo en silencio. Un día le puso un anillo de plata en la cabeza y ella lo usaba todos los días.

Más tarde, la anciana también sacó sus pergaminos del baúl; y una noche, pensando en su propia juventud, tomó Pobre Heinrich de Hartmann von Aue y comenzó a leer, mientras Dagmar se sentaba boquiabierta a sus pies. Las brillantes palabras cayeron sobre ella como gotas de cristal: el joven señor del castillo de Suabia, incurablemente enfermo, se había escondido en su granja cerca del Meier; la gente no debería ver su miseria, pero con sus ojos aún hermosos, una vez rozó con tristeza a la joven hija de su anfitrión. Entonces el dolor por su amo nunca la dejó dormir; y cuando un día un sabio maestro le habló al Señor: «Yo te sanaré; ¡pero cread una virgen que vea la muerte a vuestro alrededor y quiera que le arranquen de su pecho el corazón vivo!» Entonces, mientras el Señor y sus padres estaban horrorizados, la niña gritó: «¡Yo soy la virgen! ¡Toma el cuchillo, para que mi señor se recupere!

Un pesado suspiro salió del pecho de Dagmar; ella agarró su mano base como si tuviera que detener el flujo de poesía. Pero entonces un brillo tan sublime brotó de los ojos de la niña que la prima arrojó el pergamino y ella

apresuradamente a sus brazos: "¡Niña, niña! ¡Realmente creo que tú podrías hacer lo mismo!"

"¡Sí, Bas! ¿Era Minne?"

"¡Ay niña, Dios te proteja de Minne!" Y la prima, asustada, agarró la escritura del costado.

Así que Dagmar había cumplido casi dieciséis años y aún era más delicada que la mayoría de la gente. Un día, cuando puso un puñado de anémonas blancas en una jarra para su padre, él la miró como un milagro. "Eres como tu madre", dijo entonces; 'mi padre, cuando le traje la novia por primera vez, rechazó sonriendo su bendición; ¡Es una de las Elfas y no se quedaría conmigo!» Y cuando hubo dicho esto, arrebató violentamente al niño contra su pecho.

Se dice que alguien que la vio personalmente dijo una vez que su cuerpo parecía como si su anima candida lo hubiera creado ella misma.

Nunca había habido lunas de miel en Dornig en las que la doncella se casara amablemente con la mujer; pertenecían al hombre muerto que yacía en el pozo con el cráneo abierto. En lugar de esto estaba la pasión de la mujer; pero sólo en las horas del amor Frau Wulfhild estaba sujeta a su marido; en otras ocasiones su propia voluntad era difícil de doblegar. Ya en la primera semana, como si estuviera armada para la batalla, caminó entre hombres armados por todas partes de la fortaleza; luego se dirigió a su marido: '¿Confías en el Atterdag? ¡Yo no!« y

requería una puerta o un rastrillo aquí, otra zanja allá.

En algunas cosas hizo lo que ella deseaba, en otras se mantuvo firme y habló en contra: "¡A mi padre le fue bien! ¡Lleva a tus amigos y ocúpate de las camisas de los niños!" Entonces ella se enojó, y hubo malas palabras; cuando también brotaron chispas de sus ojos, ella de repente se arrojó a sus brazos: "¡Detente, Rolf! ¡Eres demasiado guapa! Ahí me tienes; ¡No quiero nada más!".

Entonces hubo paz; pero el caballero no se entusiasmó con su matrimonio; parecía como si hubiera perdido su alegría.

Eran las primeras tardes de junio y el aire era encantador; Frau Wulfhild y su marido habían cabalgado por su territorio durante horas; pero no fue un viaje fácil para él, porque sus rápidos ojos miraban a lo largo y ancho, y debajo de su frente arqueada estaban trabajando nuevos planes: donde había bosque, ella quería tierra cultivable, y donde el campo parecía demasiado seco, allí ella quería pinos o bosques de abetos. "¡Debemos sembrar sombra!", gritó, mientras cabalgaban hacia una zona boscosa; "¡Solo siente lo bueno que es!" El camino era tan angosto que los caballos solo podían pasar uno a la vez; cabalgaba al frente, el escriba Gaspard, a quien había llevado como consejero, era el último. El golpeteo de los pájaros carpinteros, o el graznido de un ave de rapiña invisible en lo alto, era todo lo que escuchaban, excepto el paso de sus propios corceles; y sobre el hombre y la mujer vinieron los pensamientos que no se oyen; pero sus caminos no iban junt

El bosque cesó y salieron de la opresiva neblina. Un rojo suave ya había brillado en el cielo occidental; la madre selva llena de flores

colgando de las murallas, llenó el aire de fragancia, de modo que fueron arrastrados a un voluptuoso mar de fragancia. Rolf miró a su esposa, que ahora estaba un poco atrás; luego volvió la cabeza y miró hacia la puesta del sol; luego, de repente, saltó a su lado y apretó con fuerza su caballo blanco contra su semental; pero cuando Rolf sintió el peso de la cabeza de ella sobre su pecho, un chorro pinchó los costados del semental y saltó hacia un lado. «¡Perdóname, Wulfhild!», gritó el joven jinete, apretando al animal, «¡el semental no está acostumbrado al amor humano!» La mujer cabalgó de nuevo hacia él y le rodeó la cintura con su fuerte brazo, buscando con sus ojos chispeantes los de él; pero ante él se levantó la delicada figura de un amor bohemio, cuyos labios una vez rozó y a quien apenas había olvidado, y con resentimiento se dijo a sí mismo: 'La persona con la que te casas no es una mujer para casarse; y si no es por eso, ¿por qué si no?

Detrás de ellos cabalgaba Gaspard el cuervo en silencio; miraba de soslayo al suelo con su nariz aguileña y jugaba con la bola de su gorra como si tocara una campana.

Ahora los caballos caminaban en silencio, y de nuevo al norte se extendía un bosque ante ellos. La oscuridad no solo vino de sus sombras; el crepúsculo había caído bruscamente, y en el este la luna comenzaba a conquistar los últimos rayos del día. Entonces cayó frente a ellos desde un abeto negro con un salto al suelo que Rolf Lembeck de repente se despertó de sus sueños. "¡Hola! ¿Qué fue eso, Gaspard?", gritó, arrancando su delicada ballesta de su espalda.

¡Un gato montés, señor! ¡Mira, todavía está sentada en el tronco, el de cola ancha, y te sisea con sus dientes afilados!

"¡Un juego noble y perverso!", dijo el caballero en voz baja, y saltó de su caballo. "¡Toma la brida, Gaspard!"

Frau Wulfhild lo agarró de la mano: "¡Deja al gato en paz!
¡El hogar es un pasatiempo mejor!"

No obstante, lo impulsó. «¡Vuelve a casa!», gritó; "¡
¡Ven muy pronto! Con eso, apartó su mano de la de ella.

Pero cuando la dama, roja de ira, había tomado el camino de Dorning, Gaspard galopaba a su lado con ambos caballos: "¡No te emociones, noble dama! El gato montés no debe cazarse de noche; ¡Que el caballero de la casa encuentre algún juego noble en el campamento!

Se alejaron. Pero Rolf Lembeck penetró en el bosque oscuro, de los abetos llegó al bosque de hayas; se paró junto a cada árbol fuerte y miró cada rama para ver si las luces de la bestia de presa no brillaban en alguna parte, pero la noche del bosque era tan pesada sobre él que la luz de la luna solo caía aquí y allá como gotas; todo lo que se podía escuchar era el crujido de la maleza por la que caminaba, y probablemente el canto de una cría de búhos. Se detuvo y se arrojó la ballesta a la espalda: 'Fuiste un tonto; ¡Aquí no se puede cazar en la oscuridad!' Sus pensamientos volaron a su esposa; pero negó con la cabeza: "No, no, Frau Wulfhild", habló en voz alta en la noche solitaria, "probablemente serías más una doncella de batalla; ¡Y un muerto herido ya ha colgado de tu cuerpo!

—,

Casi se sobresaltó por sus propias palabras, que rompieron el silencio a su alrededor; pero no se volvió atrás, siguió en sus andanzas nocturnas. Entonces, no muy lejos de él, llegó a su oído, tan dulcemente, como si quisiera despertar todo el anhelo que dormía en él. «¡Oh ruiseñor, bendito cantor!», exclamó, extendiendo los brazos hacia la oscuridad.

Puede que ya voló

más, más,

¡Y no trajo nada que valiera la pena!

¿Quieres anunciar

¿Debería encontrarla?

¿La mujer que mi corazón desea?

Ahora se puso de pie, ahora caminó con cautela, y siempre sólo por el sonido. "¿Qué mejor guía podría tener?", se dijo a sí mismo.

El bosque estaba llegando a su fin, ya través de los troncos vio un camino arenoso en el que la luna arrojaba su luz.

En el otro lado, bajo la misma luz, se elevaba una ladera escarpada, y un muro almenado se extendía a lo largo de ella.

Rolf Lembeck observó esto de cerca; pero cuando sus ojos vieron la parte superior de una torre redonda detrás de las copas de los árboles, allí

sabía que era el lado del jardín de la casa Haderslev, donde se sentaba el capitán del castillo del rey.

El caballero miró hacia arriba, como si esperara un milagro aquí; pero sólo el soplo de la noche agitaba de vez en cuando las hojas de los árboles, y en breves pausas el ruiseñor golpeaba el borde del bosque. Pero un súbito estremecimiento lo atravesó: allá arriba, entre las almenas, una mujer se inclinaba ahora; no, no una mujer; un niño no sabía si lo uno o lo otro. Cubriendo su brazo con una pequeña capa blanca, se inclinó profundamente; porque los tonos largamente sostenidos ahora brotaban de la garganta del revitalizador nocturno: con anhelo, sin querer terminar nunca, como un cálido beso de

Rolf Lembeck estaba de pie a la sombra del bosque, inmóvil, conteniendo la respiración. "Oh hora, ¿estás ahí?" Sus labios sólo lo susurraron; el suave susurro de las túnicas de las mujeres tocó su oído desde arriba; descendió un soplo, más un suspiro; y ahora un rostro levantado, delgado y pálido, yacía sobre la mano sostenida; la luz de la luna brillaba en una banda plateada que rodeaba el cabello oscuro.

Entonces el hombre en el borde del bosque sintió la pesadez anhelante que ya no podía soportar solo; lo empujó hacia la luz, y extendiendo sus brazos hacia ella, exclamó: "¡Oh hermosa, bendita! ¡Dios dará una vida dulce a una criatura tan dulce!

Ella se sobresaltó y se alejó de la pared; Pero luego recordó: las palabras eran del Tristán del maestro Gottfried, ¡solo que estaban escritas allí en la lengua de Francia! Los había leído un día; pero la prima, asustada, le había arrebatado el libro; ¡tal cosa aún no era para su juventud! Ahora vino la tentación de mostrar lo que sabía. >Eso es

¡Ningún viajero debe ser temido!', dijo algo dentro de ella; y cuando se levantó de nuevo, vio al apuesto joven caballero con su túnica reluciente y vio la luz de la luna jugando en su cabello rubio dorado; porque se había descubierto la cabeza y tenía en una de sus manos el gorro con la pluma de garza, que extendía hacia ella como en adoración. Luego se armó de valor y gritó su respuesta del mismo libro: "¡Dé te benie! ¡Dios lo bendiga!

¡Et merci, gentil señor!» Pero su voz tembló y sopló como un sopro.

Sin embargo, mientras él agitaba su gorra como en respuesta, ella añadió tímidamente: "¿Es usted cantante, señor?"

"¡Una pequeña dama feliz!", le gritó. Pero no descendió ninguna respuesta, porque a los pies del niño se agitó y se levantó; en vano luchó por sujetar la cabeza del bullicioso mastín que había estado durmiendo allí. Dagmar se inclinó y apretó la boca contra la áspera oreja del animal: "¡Silencio, Heudan, silencio! ¡También puedes dormir por la noche frente a la puerta de mi habitación!' No quería devorar, el mastín apartó las manitas, luego saltó a la pared con sus patas delanteras y un ladrido resonante resonó por el camino.

Mientras el perro se volvía a poner de pie, gruñendo

desafió a Dagmar a mirar hacia abajo; pero no había nada más que la luz de la luna muda y, en pausas, el latido del ruiseñor. Borracho, como si lo hubiera tocado un hechizo, Rolf Lembeck caminó hacia su casa al borde del bosque.

Era pasada la medianoche en Dorning. En la glorieta alta pero espaciosa, las mantas de seda de Arras seguían sin remover sobre el lecho nupcial; no lejos de allí, sin embargo, se preparó una deliciosa comida en una mesita; frente a dos asientos, no uno frente al otro, sino uno al lado del otro, había una copa de plata; una corona de rosas tempranas colgaba de cada uno y llenaba la habitación de fragancia. Pero los platos estaban fríos y sin tocar, una de las sillas estrechas estaba vacía; Frau Wulfhild estaba sentada en el otro como una imagen de piedra, con la cabeza apoyada en su brazo completo. No sabía cuánto tiempo había estado sentada así; Por muy tranquilo que pareciera su cuerpo, la impaciencia de esperar la carcomía por dentro, y sus ojos brillaban sombríamente sobre sus mejillas calientes; como si sin pensar levantara una jarra de plata y vertiera vino tinto en las copas, y con la otra mano se agarraba cansinamente los cabellos dorados, tomó la suya y tocó el borde de la otra con un estrépito. "¡Venir! ¡Vamos, Rolf! ¡No desprecies tus rosas!", gritó en voz alta.

Se había levantado de un salto, abrió una ventana y se asomó, mirando en la brillante noche por encima de las copas de los bosques descendentes; pero no resonaron pasos humanos, ni llamada de guardia; sólo la brisa nocturna soplaba fría hacia ella y traía un sonido desde abajo del ala izquierda: un tintineo de brazos, un pataleo como si estuvieran llenas de jarras, intercalado con roncadas voces masculinas y, de vez en cuando, la risa de un niño. Un escudero de dieciséis años, Gehrt Bookwald, había llegado por la mañana para aprender "caballería y piedad" del caballero imperial; el ruido provenía de la habitación de los sirvientes de abajo. Frau Wulfhild escuchaba. "¡Los sirvientes le dan la bienvenida!" dijo, y el rostro rubio del niño, que ahora era su sirviente, pasó junto a ella. Parecía ser salvaje allí abajo

y le sonó una voz como la del primer marido, cuando se sentaba en su alegría entre los borrachos; ella se estremeció, y la imagen del niño se apagó.

Gradualmente el tumulto se calmó; se hizo un silencio mortal, sólo un búho gritó desde una torre. De repente, cerró la ventana de un portazo y miró alocadamente alrededor de la habitación: la cabeza del hombre muerto al que había ayudado a morir la miraba desde la noche. Pero no había entrado; las velas ardían brillante y tranquilamente.

Y de nuevo se sentó inmóvil, y el tormento de esperar en vano ya no pudo ser soportado. Luego pensó en un cinturón milagroso que una tía anciana le había regalado para su primer matrimonio. 'Es lo mismo', había dicho, 'que el caballero le dio a Ginevra; si te lo pones, ¡nunca te harás daño!' Pero la orgullosa novia no necesitaba magia en ese momento y por descuido arrojó el cinturón. Pero ahora era otra hora; Se arrodilló ahora ante esto, ahora ante ese cofre y arrojó sus objetos de valor sobre la despreciada joya; allí, por fin, sostuvo en su mano el cinturón tejido en oro, y allí estaba sentado el rubí ante cuya luz todos los problemas deberían desvanecerse. Lo puso sobre su camisón blanco y se acurrucó ligeramente alrededor de su cintura; pero en vano miró el suave brillo de la piedra; tenía que estar en contra de otros dolores.

Lo usó por un tiempo más; luego, como si se avergonzara de su debilidad, se arrancó la pieza mágica de su cuerpo y la arrojó de manera que la piedra brotó. Enojada, se quitó la bata de su hermoso cuerpo y se subió a la cama matrimonial, pero ni siquiera la colcha de seda le permitió descansar. '¡Ven ahora! ¡Usted deberá! ¡Tú lo harás!», exclamó, como si por su voluntad pudiera obligar a su marido a abrazarse. Pero él no vino; y

la imagen del apuesto hombre, que era el suyo, la atormentaba como un fantasma; y las velas que aún ardían sobre la mesa la inquietaron, como si fuera un funeral.

Temblando, bajó de su cama y apagó todos menos uno; luego cogió un reloj de arena de la repisa de la chimenea y lo colocó bajo la escasa luz. '¡No quiero ver nada más!', se dijo a sí misma; «¡Cómo va la vida!» Y así se acostó con el brazo apoyado en la almohada y siguió mirando la arena que se deslizaba; y cuando cayó el último grano, se levantó lentamente para voltear el vaso. Solo cuando el bosque afuera se despertó en el crepúsculo y la tropa de trabajadores salió al campo debajo de su ventana, el hermoso cuerpo se durmió.

El hombre por el que tanto sufrió se había colado hacía tiempo en el castillo; no se había levantado ningún puente a su alrededor, ninguna puerta abierta; pero no había podido ir a su esposa. En el rincón más alejado de un ala había una cámara casi vacía, que una vez ocupó como hijo de familia; allí, en una cama dura, yacía desnudo, con la cabeza rubia entre ambas manos; el susurro de los árboles frente a su ventana lo había arrullado en una dichosa calma.

El tiempo había avanzado casi un día; era de noche otra vez. Frau Wulfhild estaba sentada en su sala de estar, cuyas paredes colgaban alfombras oscuras estampadas; aquí también había pequeños cristales en las dos ventanas, y la luz de la luna que entraba se mezclaba con el resplandor de la vela que estaba sobre la mesa. La hermosa mujer se sentó inmóvil con la cabeza apoyada. Entonces la puerta se abrió y entró Gaspard el cuervo. "¿Así que por fin vienes?", dijo ella, mirándolo con ojos cansados.

"Muy bien, señora".

"Tu cabeza calculó mal", dijo de nuevo. Tu amo durmió bajo el mismo techo que yo; pero lejos, en un desván; ha despreciado la caza salvaje que le esperaba."

—Ya lo sé, señora —respondió el escribano—. 'no pudo atrapar a la bestia; sólo el gato salvaje habrá saltado ante sus ojos.«

"¡Deja de tonterías!" dijo Frau Wulfhild sombríamente. Una vez te dije que no era una gallina; ¡ahora quieres que me arrepienta de no ser un gato montés! ¡Me temo que hay otro animal jugando aquí!"

"¿Qué decís, señora?" Y Gaspard aguzó las orejas puntiagudas.

"¡Mira mi mano, Gaspard, y siéntala también!", gritó Frau Wulfhild, poniendo su mano blanca sobre su mejilla amarilla. "Bueno, ¿aún no te estremeces?"

'No mujer; ¡déjalos ahí!«

Pero ella se los llevó. "Entonces", dijo ella, "no lo empujes con mi mano; ¡entonces es otra persona la que lo atrae hacia ella!«

¡Adelante, señora! Mi ingenio no es tan sutil como el sentido de una mujer".

"¡Ya viste", dijo, "cómo me arrebató la mano ayer en el camino! No lo hizo suavemente; pero antes en el

Dawn, estaba a punto de irse por el bien del gato salvaje, cuando tomé su mano—"

Se había levantado y caminaba por la habitación con pasos fuertes. «¡Mira aquí!», gritó ella, extendiendo su mano izquierda hacia él; "¡La lágrima sangrienta es de su anillo de bodas! ¡Creo que ya he tenido suficiente de las heridas de mi primer matrimonio! Echó la cabeza hacia atrás y comenzó a caminar de nuevo, con los puños apretados.

Gaspard observó esto por un rato; luego dijo: "Y, Señora, ¿cómo le sirvo?"

Luego se detuvo y lo miró; primero tenía que reflexionar sobre la pregunta. "Él tampoco vendrá a mí hoy", dijo en secreto, pero su voz temblaba de ira; 'él subirá sigilosamente a su ático y cortejará su fotografía aérea en sus sueños; pero tú lo sabes, Gaspard, el hombre, tan orgulloso y salvaje que es, es un niño; ¡Toma su juguete y lo olvidará! ¡Y quiero que me ayudes a encontrar la muñeca!

Gaspard miró de reojo al suelo y silbó suavemente, respirando entre dientes. Luego levantó lentamente su nariz picuda y dijo con una aguda sonrisa: "¡La cabeza y las manos son solo de mi ama!"

Esa misma tarde, sólo que un poco antes, la prima mayor estaba sentada en su tranquila habitación en Haderslevhuus; La estrecha cama de Dagmar estaba contra una pared, y la de la anciana con el gran cielo raso contra otra; al lado estaba un Vasija con agua bendita, encima de la Madre de Dios tallada;

En un nicho en la pared había obras de poesía escritas a mano, que una vez había leído con las mejillas encendidas cuando era joven. Ella misma estaba sentada en una mesita frente a la vidriera a través de la cual entraba la luz del atardecer; frente a su Dagmar, y ambos con una obra sagrada en sus manos; porque en la última confirmación el obispo había presentado al relicario de la iglesia de Haderslev un número de huesos de cráneo de las diez mil vírgenes, y los viejos y los jóvenes estaban ahora ocupados recubriéndolos con terciopelo rojo y blanco y con bordados de oro.

Había mucho silencio en la habitación; sólo se oía el pinchazo de las agujas y el sonido monótono de un camachuelo saltando arriba y abajo en su madriguera dentro de la ventana. La niña pequeña no usó su aguja con su seguridad habitual hoy, y las hojas a menudo no colgaban correctamente en los zarcillos dorados; después de cada diez puntadas miraba apresuradamente por la ventana que daba al este, pero la luna aún no estaba allí. Su respiración se volvió más corta, hoy había una extraña fuerza dentro de ella que empujó la aguja fuera del lugar correcto.

Finalmente la anciana puso su pieza bordada de calavera sobre la mesa. ella dijo. »¡Mira aquí, Dagmar! Me pregunto si esta cabeza usó tales adornos en vida.

El niño no se había enterado: la luna acababa de salir sobre los árboles.

"¡Dagmar!", llamó el primo. "¿Que pasa contigo? ¡Brillas como el carmesí!"

La niña miró a la anciana con ojos velados.

"Debes haber estado hurgando en tus cofres, Bas", respondió ella; 'Es un olor tan bochornoso aquí; me ahoga la respiración!"

Pero la anciana le había quitado el bordado de la mano y ahora sacudía la cabeza, mirándolo con atención. —Sí, Dagmarlein —dijo —, todavía tienes la mano de un niño; ¡pero no siempre tanto! Ya te lo he dicho: ¡qué querían tus dedos con la pata muerta!

toque para que Grete traiga la vela; se acabó el día, y el de ahí afuera-señaló la luna con su dedo delgado-¡sólo brilla para los amantes, pero no pa-r,a los niños y las ancianas!

Un rubor caliente disparó sobre el joven rostro; pero la anciana no se dio cuenta. «¡Toca el timbre, niña!», repitió; "¡Entonces puedes seguir bordando tu cinturón plateado! Una vez que esté listo para el vestido de seda blanca, te verás como la Diana pagana; ¡Lo único que falta es la luna plateada de tu frente!

Se inclinó sobre la mesa y acarició las mejillas de la delicada muchacha. "¡Solo espera un año, Dagmar! ¡Entonces tu padre te lleva a Wordingborg, a Copenhague! Luego vendrán los jóvenes hijos de la tierra y cortejarán la mirada de la casta diosa; ¡También uno, probablemente tan guapo como el joven caballero Lembeck, que se mudó recientemente a Dorning!

"¿En Dorning?", preguntó Dagmar descuidadamente. "¡Knight Klaus ya es viejo!"

"¡Ay, niño! ¡Su hijo, su mayor! y con uno bella y orgullosa esposa; ¡incluso una mujer de Schauenburg!«

"¿Entonces? ¿Un Schauenburger?"

»Ei freilich; pero sin embargo sólo un Witib a Pfirsich, dran
¡Alguien más ya ha posado sus labios!"

"¡Uf, Bas! Pero no la conozco en absoluto; que cuidado
yo los extraños!"

Dagmar ya había ido a la puerta con el timbre, pero volvió sin abrir. "No,
Bas", dijo con dificultad; "mi corazón está oprimido; ¡Tengo que salir al aire!"

"Oh, niño, se está haciendo de noche, y sabes, viejo Joseph
¡Dice que los demonios mirarán desde el suelo!

Sólo en el jardín, prima; ¡No hay ninguno!"

La anciana se inquietó; tiró del pañuelo que se había atado sobre el
casquete negro. "¡Sabes, solo mírame!", dijo ella; 'el estúpido sacudir la
cabeza; No se me permite entrar en el aire de la tarde. ¡Si algo te importa!
¡Tu padre está en Wordingborg!

"¡Oh, Bas, me llevo a Heudan, el mastín!", gritó Dagmar.
difícil "¡Ella también estuvo conmigo anoche!"

La anciana asintió: "¡Sí, sí, Dagmar, el mastín, sí, eso funciona! ¡Le
sacaste la espina de la pata el otro día, como el león Androclus! Conoces
la historia, ¿no?".

Miró a su alrededor; pero para entonces Dagmar se había escapado y la
campana estaba de nuevo sobre la mesa. "Oh, sí", dijo la anciana con un
suspiro, "ella está corriendo con él

perros en la noche, y aquí, a la luz de la luna, puedo invitar a mis queridas sombras a mí; ¡No necesitamos luces!"

La luz de la noche caía a través de los pequeños cristales; y en medio de la habitación estaba sentada la anciana, mirando el crepúsculo con ojos fantasmales: sólo de vez en cuando un suave gesto de la mano, como si fuera una bienvenida.

Pero Dagmar había bajado corriendo las escaleras con un suspiro de alivio; abajo, en el gran salón, el mastín se levantó y saltó alegremente hacia ella. "¡Heudan, mi perro, ven, ven conmigo!", gritó ansiosamente, y el animal se apretó contra la esbelta figura de modo que ella apenas pudo resistir la impetuosidad.

Salieron por una puerta trasera a través de un amplio patio, al final del cual había una habitación para separar perros mordedores o nuevos; y Heudan miró a la chica con asombro cuando entraron. Pero el corazón de Dagmar latía con fuerza en su garganta cuando agarró una de las cadenas que colgaban sueltas y le abrochó el collar del animal. Se acostumbró sólo al amor de la mano joven y la lamió con su lengua roja; luego echó sus brazos alrededor de su áspero cuello: "¡Oh Heudan, soy infiel, pero tú ladras demasiado terriblemente!" Y ella salió corriendo rápidamente y empujó el cerrojo; luego pasó por una puerta al jardín, a través de callejones de tilos y entre sombríos arbustos de tejo; llegó un gemido desde el patio, y por un momento su respiración se detuvo; pero se tapó los oídos con ambas manos, y cuando salió a la plaza donde estaban los macizos de hierba y donde la luz de la luna llena se dirigía hacia ella, sólo oyó el canto del ruiseñor allá al borde del bosque. El aliento se precipitó a través de sus labios abiertos; ella se sentó en el banco

y miró frente a él a la copa del alto álamo, cuyas hojas se mecían con la brisa nocturna. Pero las respiraciones incómodas se convirtieron en palabras. "¿Qué estabas haciendo aquí, Dagmar?", habló en voz baja. "¿El ruiseñor?" Escuchó un rato, y el pájaro cantó como si tuviera que cantar un premio, pero Dagmar sacudió su cabecita y sus labios susurraron, tapándose los ojos: "Oh santa virgen, si eres amable conmigo quería ser!"

Entonces las densas ramas de los álamos susurraron a su lado; y antes de que pudiera creerlo, un hombre se subió a la pared y luego bajó al jardín. Un grito escapó de sus labios, pero lo ahogó; porque él ya estaba acostado a sus pies, joven y hermoso, y la miró con ojos suplicantes: "¡Sé amable, Fraulein! ¡Ay, qué amable eres! ¡Nunca he visto tu igual!"

Ella no dijo nada; ella lo miró con ojos infantiles, sobresaltada y sin embargo encantada, como si leyera las palabras de sus labios. Pero el gemido del mastín resonó desde el patio a través de los arbustos, y la mano del caballero de repente fue a por un acero de caza que colgaba de su cinturón.

Pero ella solo negó con la cabeza suavemente cuando él soltó el arma a medio sacar de nuevo. "¿Quién eres?", preguntó. "¿Me vas a decir?"

Y ella respondió: 'Soy Dagmar, la hija de la casa; ¿y quien eres tu?'

Se sobresaltó y estuvo a punto de contar una historia, como probablemente hizo en otras ocasiones; pero como miró a la cara de ese niño, no pudo; sólo dijo: "Yo, dulce señora,

¡He sido un hombre desventurado desde que te vi!"

"¡Pero, señor, esa no es la respuesta correcta!"

Entonces le levantó las manos en forma de súplica: »No preguntes más; ¡Sería para siempre!"

"¡No hables así!", gritó apresuradamente; pero un hilo de miedo voló sobre su rostro delicado, y añadió: »Sólo, por el sufrimiento de la Santísima Madre, no guardes silencio por mucho tiempo; ¡Me haría daño!" Y como impulsada por el dolor físico, presionó su mano contra su pecho izquierdo. Mientras él la seguía atentamente con la mirada, ella dijo: "Tú sabes la gran muerte cuando eso vino al país... pero" se interrumpió - "¿dónde estabas entonces?"

"En París", dijo en voz baja, como si no quisiera perder el sonido de su voz; "Luego más tarde en Praga, también allí en la corte real".

Vio su hermoso rostro en su falda de terciopelo bordado y cómo los botones dorados brillaban a la luz de la luna. »¡Así que no sabes nada de nosotros, oh querida madre!

¡Dulce hermana Heilwig!», exclamó; "¡Oh, hermanos míos, todos están muertos!" De repente ella tomó su mano. "¡Ven!", gritó, y lo llevó consigo a una pequeña altura, desde donde se podía ver el lado del bosque en el campo llano. Le pareció ver una tierra baja y postes individuales brillando a través de la brumosa niebla que se movía allí.

"¡Allí!" ella habló apenas audiblemente y señaló mano extendida.

Se quedó en silencio; él sabía que ese era el campo de la plaga que ella había señalado. Una brisa nocturna vino y levantó un poco su cabello oscuro de su cara estrecha y agitó su bata alrededor de su cuerpo delicado; de repente le pareció que ella también era insostenible en la tierra. "Si uno de tu sangre descansa allí, ¡dale descanso!", dijo temblando.

Pero ella extendió los brazos y gritó: "¡Padre mío! Mi pobre padre! ¡Nunca seremos sanados de la muerte!"

"Eso sonó duro de tus jóvenes labios", dijo el hombre.

Luego volvió la cabeza y vio el dolor en sus ojos. "¡No fue mi intención hacerte sentir apenado!", dijo suplicante; "solo di: ¡Yo también me he quedado con mi parte de todos los moribundos!" y ella volvió a agarrarse el corazón con la mano "el médico del rey, el judío español, una vez le oí decir al primo que era demasiado grande para mí ir como esto; No podía soportar mucho sufrimiento y alegría.

¡Y la buena Bas', si quiere amarme, dice que tengo rosas blancas en las mejillas!

Ella guardó silencio y él no le respondió; pero se miraron a los ojos, y abajo, desde las profundidades, batía el ruiseñor.

"¡Primavera!", dijo en voz baja y abrió los brazos para ella. Allí yacía contra su pecho, con los ojos cerrados, las manos entrelazadas alrededor de su cuello; y por las palabras que le faltaban, cantó el ruiseñor, como si su pecho fuera a estallar, y ahora una nota, exhalando larga, sin fin.

"¡Se está muriendo!", gritó Dagmar, echando la cabeza hacia atrás y mirando a los ojos del hombre. "Oh, ¿también se puede morir de amor?" Pero él, en la locura del amor, levantó su ligera carga contra el resplandor plateado de la luna y la besó.

sus mejillas: "¡Oh mis blancas rosas! ¡Oh Virgen Santa, protege mi felicidad incomprensible!"

Luego se escuchó el tintineo de una puerta del castillo, y de repente ella se retorció fuera de sus brazos. "¡Despedida!", gritó dolorosamente; luego ella le tomó la mano, pero sólo durante un suspiro. "¡No vayas! ¡Fuera!", gritó aterrorizada. 'Oh, no olvides el mío; ¡Debería morir!«

Sintió un beso caliente en su boca; luego se oyó un susurro en las ramas de los álamos y se quedó sola. Se quedó como si no estuviera viva; sus mejillas estaban pálidas, pero sus labios brillaban rojos: ese era el amor que esperaba allí a la otra pareja. "¡Oh corazón amor, oh anhelante necesidad!" suspiró el niño y se dejó caer en su asiento. "¿Y cómo se llama ahora? ¿Él? ¿Él...?" Y con una sonrisa se respondió a sí misma: "¡No sé, oh Virgen Santa!".

Entonces se acercaron unos pasos, y desde los arbustos una vocecita vieja habló: "No, allí no; aquí, Grete, aquí con el tejo! ¡Oh Santa Madre de Dios!» Y la prima con su piel de marta, la cabeza cubierta con un paño grueso, salió a la luz de la luna con la vieja Grete. "Niña, niña, ¿dónde estás?", gritó. "¡Tu viejo primo tiene que ir a buscarte!"

"¡Oh Bas', es tan hermoso aquí!"

"Y" la anciana miró a su alrededor, "estás solo; ¿Dónde está el perro, el Heudan?"

"¿El perro?", dijo Dagmar apresuradamente. "¿No está él aquí?"

"¡Oh, niña, debes saber eso tú mismo!"

"¡Oh Bas', solo deberías haber oído al ruiseñor!" Y como si hubiera sido convocado, el sonido del pájaro vino de nuevo desde las profundidades, y la luz de la luna brilló en las hojas de las vainas y las agujas del tejo; aromas flotaban en el aire.

La anciana se detuvo un momento, con la oreja inclinada. "Sí Sí; ¡Santo Dios, ese sería un lugar para Minne aquí!", murmuró para sí misma. 'Tiempos atrás; ¡Ah, hace mucho tiempo!» Entonces, sin embargo, se apresuró a regresar a la casa, porque se levantó un viento vespertino y susurró entre las copas de los árboles.

Dagmar caminó con pasos inaudibles cuando pasaron por la celda donde Heudan, el mastín, la había encerrado.

"Buenos días, mi perro", dijo suavemente contra la puerta cerrada con cerrojo; "¡Te recogeré temprano!" Pero el perro parecía estar dormido; todo estaba quieto.

Y pronto estuvo acostada en la camita estrecha en el vientre de la tía: pronto la respiración regular de una mujer dormida apaciblemente se elevó de la gran cama con dosel; Del diván de la doncella se alzaba una cabecita pálida a la dudosa luz de la luna, con el pelo negro envuelto en una redecilla de seda blanca. "Oh Madre de las Gracias", susurró el niño, "¡Les mentí a los dos, primero a Heudan el perro, y luego al buen primo! ¡Ay, santos, pero cuando uno es tan viejo! ¡Ninguno de ustedes entiende eso!" Entonces ella puso sus manos sobre el pecho joven, y el sueño vino suave como una nube.

Rolf Lembeck, mientras tanto, caminó lentamente hacia su casa; sabía bien que una hermosa mujer lo esperaba en Dorning, y ella era suya con todas sus delicias; pero lo venció, como si temiera los fuertes brazos de las mujeres, y bajó por el camino como a un valle de muerte.

Pero el amor encontró su camino a través de todos los peligros. Rolf, el tranquilo, como el niño inocente y descuidado, ambos se habían vuelto repentinamente inteligentes y ricos en planes y artimañas; porque Minne agudizó sus sentidos y les dio como escudo una cautela soñadora. Y todo salió como si fuera a ayudar: la prima había empeorado el flujo en su cabeza durante la caminata nocturna; el rey aún mantenía al capitán del castillo en Wordingborg. Rolf Lembeck sólo compraba a su mujer las fugaces horas de verdadera felicidad amorosa a través de la ternura forzada; ya veces, cuando él quería abrazarla, ella ponía su hermoso puño contra su pecho y lo miraba a los ojos para ver si allí también estaba su alma; y así sucedía a veces que ella de repente apartaba los brazos de él y salía silenciosamente por la puerta. Y cuando el capitán del castillo de Wordingborg llegó a Haderslevhuus, la hija debe haber tenido un corazón pesado hacia él, y cuando le acarició las mejillas y preguntó: "¿Qué pasa con mi Dagmar?", ella simplemente sacudió la cabeza y miró al suelo y no como antes en el rostro amado y arrugado sobre ella; y se dijo a sí misma: '¡Oh dolor ardiente! ¿A quién hablaré, a quién callaré?'» Pero no era fuerte; sólo guardaba silencio para el extraño, y una punzada de dolor la recorrió como una vez durante la peste, como si ya no fuera hija de su padre; pero hoy no fue culpa de su padre.

Así que el secreto parecía seguro; pero un vistazo del tamaño de un grano de arena podría delatarlos. Frau Wulfhild había detenido a su empleado varias veces: "Bueno, Gaspard, ¿dónde está la muñeca?" Y él había respondido: "¡Perdóname, los deseos de las mujeres son más rápidos que el trabajo del hombre!" solo que no quería darlo a conocer inmaduro. Él tuvo

una vez vio a la hija del capitán del castillo inclinada sobre el muro del jardín desde el camino; y el mastín, que estaba de pie con sus patas delanteras entre las almenas, también le había enviado los poderosos ladridos. 'Hm, ¡un niño más!', se había murmurado a sí mismo; ›¡un niño con un perro! Y, sin embargo, pronto ya no; quien sabe?<

Y una mañana le dijo al caballero: 'Sabe, señor, allá en Haderslev, un joven herrero que acaba de llegar del reino ha traído a casa una nueva artillería: ¡es un cañón de hierro y se dispara pólvora! ¡Si le place, podríamos cabalgar hasta allí!

"¡Santo Hubertus!", exclamó Herr Rolf; "¿Gaspard el cuervo también cuida las armas?"

El escriba lanzó sus agudos ojos al interrogador desde abajo. "¡Si tan solo pudiera golpear!", dijo.

Entonces Rolf Lembeck se rió: "¡Vamos! Ya conozco el tubo de fuego de Praga; ¡Quién sabe si tu objetivo no está en ello!

"Tal vez", respondió Gaspard, y mientras el otro caminaba hacia los establos lo miró como si estuviera mirando a su presa.

En poco tiempo montaron en Haderslev. Era finales de junio; Rolf ya había puesto su abrigo en el cuello del caballo negro porque el sol quemaba; Gaspard se echó hacia atrás la gorra de la capucha. Así que cabalgaron en el polvo dorado de la carretera militar a través de la aldea de la iglesia de Hammelef; los niños campesinos yacían en la arena frente a las chozas y señalaban la arena con los dedos

guapo jinete. Desde allí, el camino atravesaba el bosque y los caballos caminaban con cautela entre las raíces de robles y hayas. El caballero se quedó sin aliento: "¡Ah, Gaspard, eso fue como si lo hirvieran!"

El escriba simplemente asintió; tenía trabajo mental. El bosque se detuvo y volvió la quemadura de sol; después de un rato una colina con árboles altos, a lo largo de la cual se extendía otro bosque a la izquierda; arriba de las copas de los árboles vio la coronación de una torre roma. El camino se bifurcaba a derecha e izquierda como una bifurcación; y Gaspard, como si fuera evidente, espoleó a su zorro por el sendero del bosque de la izquierda, quería pasar el muro del jardín, para investigar allí las expresiones y el comportamiento del caballero; pero cuando miró a su alrededor se vio solo; el caballero ya se dirigía hacia el este a través del campo abierto.

Gaspard dio la vuelta a su caballo y pronto estuvo cabalgando a su lado otra vez. "Oh, señor", dijo él, "¿por qué evita la sombra y cabalga hasta aquí bajo el sol ardiente?"

El caballero lo miró desde su caballo, riéndose: "¡No sabía, Gaspard, que le temías al sol!"

—No soy un caballero, señor —dijo Gaspard, colocándose la gorra sobre la frente—. "¿Hay algo en el castillo de arriba que tu ojo odie?"

"¿Crees", respondió Rolf Lembeck alegremente, "que uno solo evita lo que odia?" Pero, como si de repente lo recordara, agregó: "Prefiero ver el campo abierto aquí que en los castillos del rey danés; ¡Siento que está haciendo travesuras otra vez!" La adición llegó demasiado tarde, porque cuando miró al escriba vio que su cabeza se volvía hacia un lado.

y tocó el suelo con la nariz de modo que la punta de su gorra se balanceó alrededor de su hombro. gritó. "¿Que eres después?"

"Sabe, señor", dijo el moreno, "a veces veo cosas que no están ahí".

"¿Y qué botín viste allí en la arena?"

»Si quieres saber, ¡solo el final de un hilo! Tontamente pensé que era fácil de llevar conmigo; pero tienes razón, ¿por qué deberíamos mirar el castillo real?«

"¡Oh, Gaspard!", exclamó el caballero, "¡por qué el hilo! ¡Aquí no hay laberinto griego!« Pero de repente se le ocurrió como si estuviera de pie con Dagmar frente a todo el mundo en el mercado abierto, y desde el montón los ojos de su esposa brillaron hacia la pobre niña.

Gaspard parpadeó al joven caballero con una risa tensa y luego dejó que su zorro retrocediera. Así que cabalgaron hacia la ciudad, cada uno con sus propios pensamientos.

No puedo decir qué pasó con la pipa de fuego; pero otro En Holstein, en una tumba estrecha, los gusanos debieron de abrirse camino a través de un ataúd y corrieron rumores sobre lo que habían encontrado en el hombre muerto, cuyo nombre cuando subió las escaleras era Hans Pogwisch.

Por la tarde, desde Rolf Lembeck con el escritor salió de la casa del herrero estaba sentado en el comedor de la "Toro negro" para Haderslev, un tipo salvaje de Holsten; quería ir a ver al rey Valdemar, que de nuevo estaba reuniendo soldados; algunos tipos que no se parecían a él,

lo mantuvo libre de bebida, porque era tan ingenioso para beber como para hablar. "¡Ahora tienes a la mujer al alcance de la mano!", exclamó, "¡no lee mucho, y es lo suficientemente bonita como para seducir al diablo!" Apoyó su pesada cabeza en su mano y estiró la otra ampliamente sobre la mesa. . 'La realeza le dio al hombre que arruinó toda la alegría del matrimonio para su esposa

para su deleite, que los dioses ya estaban sentados a los pies de la cama para llevarse su alma.

¡Pero eso lo sabemos nosotros mismos! Las malas hierbas y los cardos no mueren tan fácilmente; ¡y un día su nariz se puso roja y alegre otra vez!"

El tipo se rió y tomó su vaso: "¡Una mujer diabólica!

¡Que el diablo la ayude!» Y los vasos de los tres sinvergüenzas tintinearón entre sí.

En otra mesa estaba sentado un joven caballero con un abrigo bordado en oro; ya estaba de pie y tenía la mano en la empuñadura de su espada para azotar a los compañeros; porque él sabía que era a su esposa a quien sus sucias bocas estaban violando. Pero volvió a sentarse en silencio: tenía que escuchar; eso era mejor ganar.

Y con una voz más secreta, el mendigo de la otra mesa comenzó de nuevo; pero antes sólo se había reído su parte: "El caballero herido, os digo, empezó a sentir de nuevo los puños; allí" y el tipo golpeó su taza en la mesa "allí ella tenía que - ¡envenenar ratas por una vez! Creo que también debe haber muerto una rata; pero funcionó maravillosamente: ¡a mañana siguiente era una viuda feliz!"

"¡Fuego asesino!", gritó uno de los otros; 'incluso uno mujer caballero y aquí? ¿Cómo se llama?"

Pero el tipo se limpió la boca y levantó la mano con solemnidad ebria:
"¡Se queda conmigo!
soy de su corte; ¡un bastardo que traiciona a su amo! ¡Ojalá no quisiera haberme convertido en el secuaz del pobre capataz!

Vació su vaso recién llenado y se puso en pie tambaleándose; cuando pasó junto a Rolf Lembeck, lo miró con ojos vidriosos y se tambaleó hacia la puerta.

Al mismo tiempo, Gaspard, que había estado en la ciudad comprando para su amante, había entrado en la habitación y Rolf lo instó a que se fuera a casa. En el camino de regreso dejó que el escriba cabalgara delante de él: no quería oír su discurso ni el de nadie más; ¡Sentía como si su cerebro se congelara y chorros de hielo cayeran por su espalda! Al principio no pensó en su esposa; no, Dagmars; y que se le abrió un terrible camino de salvación.

Cuando entró en la habitación de Dorning, Frau Wulfhild se le acercó con los brazos extendidos; pero él la agarró por ambas muñecas y la mantuvo a la distancia de un brazo; él miró su rostro con ojos horrorizados.

Ella se sobresaltó. "¿Qué te pasa?", gritó emocionada; "eres resultó genial también?"

Luego soltó sus manos en silencio y bajó al patio. Pero la mujer de repente se quedó inmóvil. "¿Qué fue eso?" tartamudeó apenas audiblemente.

Después de unos días, el empleado estaba en la glorieta de Frau Wulfhild.

"¿Tienes la muñeca?", preguntó apresuradamente.

Asintió con su cabecita, "La tengo y tampoco la tengo".

"¿Eso significa?"

"Apuesto a que es la doncella del castillo del rey".

¿La hija del capitán del castillo? ¡Un niño!"

Extendió los dedos: 'Permitido, eso tiende a cambiar en el primer beso; y además, ¡el nuevo es un demonio!"

Se había levantado de un salto de la silla y se paseaba arriba y abajo, con los ojos chispeantes; sus dedos se aferraban a su tela de saco como si fuera un ser vivo con el que se iba a ahogar.

"No puedes llevarte el juguete", dijo de nuevo Gaspard; "¡pero si el juguete no puede venir del niño, entonces el niño debe salir del juguete!"

"¿Qué significa eso? ¡Habla claro!"

"¿Están seguras las paredes aquí?"

"Tú mismo lo sabes", respondió Frau Wulfhild y arrojó abajo en la silla. "¡Ahora habla!"

Y Gaspard se sentó a sus pies en el taburete que ella le había señalado. —Tú, noble señora —empezó a decir en voz baja, jugando con las palabras —, no has visto mi trabajo con los topos, pero yo lo he hecho. ¡Así que ahora présteme un oído atento! Los caballeros inquietos de Holstein están una vez más tramando algo contra el rey Atterdag. Miró a su alrededor; luego prosiguió: 'También habías llamado a tu cuñado al consejo; Ya sabes, el poderoso señor tiene algo de murciélago: con el lobo hoy y mañana con el halcón; y por eso querían estar seguros de él esta vez. Pero está construyendo el castillo en la isla y no puede escapar de los salvajes constructores. Gaspard inclinó la nariz. —No quiero preguntar cómo me enteré; pero estaba buscando un mensajero inteligente y le escribí al Sr. Klaus Lembeck que usted podría prescindir de un marido leal si la lealtad estaba en la próxima sangre; También escribí que satisface su deseo de estar sin su esposo por un tiempo”.

"Quiero pensar que sí", gritó la mujer, "todavía estás vivo más idiosincrásica que inteligente! Y Klaus Lembeck —añadió—, ¿cuál —, es su respuesta?"

El empleado jugueteó con su abrigo y le entregó dos papeles. "Mientras", dijo, "el anciano caballero no sea del rey, ¡los deseos de la dama de Schauenburg están a su disposición!"
¡Aquí tiene una carta para usted y, por cierto, si la quiere, la cita para Herr Rolf Lembeck!«

La mujer recogió las cartas y las leyó. "¡Me estás quitando a mi esposo y deberías quedármelo!", dijo con un suspiro.

"¡Así que déjame escribir que no puedes prescindir de él!"

Entonces ella se levantó; Con la cabeza levantada, una mano en los labios, se quedó allí como si mirara a lo lejos; luego le tendió la otra mano al escriba: "¡Mi sabio cuervo! Estoy satisfecho, envíame tu mensajero; Le escribiré a Klaus Lembeck, Rolf no actuará contra este padre.«

Lo sabía, señora; No eres como los demás —le besó la túnica; luego fue puesto en libertad.

En la tarde de ese día, Rolf Lembeck caminó hacia el muro del jardín hacia Haderslevhuus, y Gaspard, el cuervo, se deslizó imperceptiblemente detrás; quería una confirmación más cercana de un nuevo complot que tenía en mente.

Un escaso resplandor nocturno temblaba entre las copas de las hayas; sólo cuando el caballero atravesó un claro, las ardillas se escabulleron a su alrededor como chispas azules, y la noche fue suave y tranquila. Su esposa no había tratado de abrazarlo; sin embargo, caminaba despacio y con el corazón apesadumbrado, y no prestaba atención al paso que seguía al suyo. No solo lo que había aprendido en El toro negro, ¡algo más se le había ocurrido! Una palabra que había oído decir a su padre cuando era niño. Un Conde de Orlamünde quería que su esposa se casara con una mujer más hermosa; pero ningún laico podría encontrar entre los dos cónyuges la común gota de sangre capaz de romper el vínculo. Así que el Conde convirtió en oro buena parte de sus posesiones y se fue a Roma; y pronto llegó a casa con una cara feliz: sin oro, pero con el pergamino del Santo Padre en el bolsillo, que anuló el matrimonio por ser demasiado cercano la sangre. "Por la santa barba", había

Klaus Lembeck convocó, "el diablo no podría hacerlo; el Papa se enteró!"

El niño Rolf había oído la palabra y la ignoró; ahora venía de las profundidades donde la memoria guarda los tesoros del futuro. 'Y si para Orlamünder, ¿por qué no para mí?', gritó. "¡Pero el esposo de mi abuela era un primo de los Schauenburger!" Entonces pensó en el otro: "¡Si tuviera que necesitarlo, eso rompería la cadena!", gritó en voz alta, y con pasos más fuertes siguió caminando.

El cuervo Gaspard le pisaba los talones; y cuando, después de un rato, el caballero saltó de las espesas ramas a sus tiernos brazos, allí estaba el acechador al borde del bosque y vio lo que ningún ojo humano debería haber visto. Porque en el caballero se rociaron todo amor impetuoso angustia y esperanza; "¡Rolf, Rolf! ¡Me estás matando!», gritó Dagmar cuando él la estrechó entre sus brazos.

De repente, él la dejó y miró por encima de la pared hacia el suelo. ¿Lo has oído, Dagmar? ¡Algo se estaba riendo allí abajo!

Pero ella volvió su dulce rostro hacia él: "¿Tienes miedo, Rolf?"

"Sí, Dagmar; ¡Quien te tenga en sus brazos debe tener miedo!"

¡No de las palomas torcaces! Yo también lo escuché, venía allí de la haya.«

Volvió a mirar hacia abajo, luego la empujó hacia el banco donde ningún ojo podría alcanzarla desde el camino hacia arriba. El ruiseñor había cantado; casi ningún movimiento de respiración

fue en la noche; qué cansada Dagmar apoyó su delicado cuello en su brazo, y sus ojos oscuros no deseaban nada más que él. Era el crepúsculo, porque la luna se había vuelto redonda y delgada de nuevo y estaba con su hoz sobre los árboles en el sureste. Rolf Lembeck miró melancólicamente hacia la noche.

"¡Llevar! ¡Así que tómallo, querido hombre!", respiró el niño. y le ofreció sus labios rojos.

Pero él presionó su cabeza contra su pecho como si tuviera miedo: "¡Ya no más, oh dulce, bendita!"

Luego se rió y volvió a levantar su cabecita oscura hacia él: "¿Para qué? ¡Así que toma lo que es tuyo!"

Pero el hombre gimió, mitad de felicidad y mitad de dolor: 'Oh Dagmar, el amor es un fuego; ¡No te quemará!"

Ella no lo entendía; Ella tampoco preguntó, solo cuando sus labios tocaron su frente por un momento, se quejó: "¡Ese no es el camino al corazón! estás enojado ¿Que te he hecho?"

"¿Tú, Dagmar?", llamó, y sus ojos brillaron como estrellas azules, "llenaste mi corazón de alegría; ¿Traeré angustia mortal a los tuyos? ¡Escúchame, hermosa, sobrenatural! A menudo me sorprende que mis manos puedan tocarte; Siento como si fueras mi encantador espíritu de sombra, del que dicen los viejos cuentos de hadas, trepó hacia mí entre lirios del lago iluminado por la luna; Sueño de noche que a tus delicados hombros te brotarán alas, que

me llevas lejos, lejos de la confusión de mi joven vida!"

"¡Oh, no, así no, así no!", le rogó ella, y sus manos fueron a su boca; "estás equivocado; Soy sólo un hijo de la tierra, oh Rolf, ellos mueren por el soplo del aire; ¡Lo sé!"

El hombre la miró con adoración.

Luego se deslizó a sus pies, un brillo fantasmal brotó de sus ojos. "¡Oh amor, no hay vida, no hay muerte sin ti!"

Él la atrajo suavemente hacia él: "¡Vive primero, Dagmar! ¿No quieres eso juntos?"

Ella solo asintió; pero su respiración se detuvo como si ella debe escuchar milagros.

"¡Así que debo pedirte permiso!"

"¿Vacaciones?", gritó, sobresaltada. "¿Quieres ir? ¿Se ha ido completamente?"

»¡Solo por diez días, Dagmar! ¡Estaré contigo de nuevo la noche después de la Visitación!"

"¡Diez días! ¡Oh, eso es largo!"

Él le acarició el cabello suelto bajo su aro de plata: "¡Sí, Dagmar, largo! ¡Pero tengo que ir con mi padre!"

Ella de repente lo miró con asombro. "Tienes también ¿Un padre?", preguntó tímidamente.

"¡Tienes uno, querida!", dijo. ¡Y el mío nos ayudará, de modo que pueda pasar con él por la puerta del castillo hacia el tuyo y desearte como esposo!

Una sonrisa de felicidad se dibujó en el rostro del niño: "¡Oh, Rolf, qué suerte!"

Cayó una gota de lluvia, un largo trueno rodó sobre ellos. "¡Dios lo escuchó!", dijo.

"Dilo de nuevo", preguntó, "¿cuándo vas a volver?"

Se inclinó y se lo susurró al oído de nuevo.

"¿Ciertamente?"

"¿Crees que podría olvidar el camino?"

"¡No no!"

Se habían levantado, Dagmar colgaba de su cuello; pero el trueno se hizo más fuerte y los relámpagos resplandecieron, el cuerno del centinela sonó desde la torre. Otro beso, una vez más, como una eternidad, pecho con pecho; entonces no había nada más que noche y tiempo en este lugar.

Antes de que Rolf Lembeck llegara a su casa, Gaspard ya había llegado y el informe y el complot entre la señora y su sirviente ya habían terminado; cuando el caballero entró en la habitación conyugal, Frau Wulfhild yacía como si estuviera dormida

en su campamento. Pero aunque ella yacía allí con toda su belleza femenina, los ojos de su esposo la miraron más allá, y su mano solo alcanzó una carta que estaba sobre una mesita, en la que había reconocido la mano de su padre.

Cuando lo abrió apresuradamente, el terror cruzó la mitad del rostro de la mujer, como el asombro, y las estrellas en sus ojos brillaron secretamente a través de sus párpados, porque Rolf Lembeck había asentido satisfecho para sí mismo. Luego se estiró tranquilamente en su cama.

Unos días después de que el joven caballero partiera en su viaje a Borgsum en la isla, Frau Wulfhild estaba sentada en su habitación. Todo tipo de escritos yacían ante ella sobre la mesa; pero sus pensamientos no parecían estar en tal trabajo; Su sedoso cabello rubio estaba echado hacia atrás sobre su hombro y brillaba como el oro contra el diseño oscuro de las alfombras que colgaban de las paredes. En medio de la hermosa frente de la mujer había una línea que parecía hacerse más y más profunda; ella apretó los ojos, como si de esta manera pudiera perseguir con mayor seguridad el único objetivo que se alzaba ante sus sentidos.

Entonces la pesada puerta se abrió. Ella comenzó: "¿Quién es?"

'¡El Lord Capitán del Castillo de Haderslevhuus!', respondió el joven Bookwald, que había entrado. "Usted, señora, habría pedido su visita".

'¡Él es bienvenido! ¡Pero espera, Gehrt! ¡Primero mueve el sillón de aquí a la mesa!

bajar mientras el niño tomaba lo que se servía y luego se iba.

Después de unos momentos, había entrado un hombre canoso vestido con un traje oscuro y de constitución maciza. —Su marido, noble dama —dijo después de intercambiar saludos—, no parece estar en casa; ¡Ustedes mismos me desearon!

'Mi esposo, Herr Schlosshauptmann', respondió Frau Wulfhild, 'habría acudido a usted; ¡Debes estar contento conmigo esta vez!

'¡No quieras avergonzarme, noble dama! ¡Vine a escucharte!

Ella se sentó y con la mano lo invitó a sentarse; sus ojos se posaron un rato en el rostro de él, que él le tendió pacientemente. "Con Klaus Lembeck", comenzó, "había una mujer danesa sentada aquí; Soy de la línea de los Schauenburger; los dos somos paisanos -"

Él la interrumpió: "¡Soy un Schleswiger y ahora el hombre del rey!"

Lo sé, caballero; ¡Estuviste en Funen en la compañía que cortó a mi difunto esposo de su semental!

Era mi enemigo estos días; pero no lo tengo Me gusta", respondió con calma.

Ella guardo silencio por un momento. "¡Puede ser! He curado el daño y ahora soy la señora aquí en Dorning; somos vecinos, caballeros, y así...

"¿Quieres darme el consejo de los vecinos?"

"¡Oh, bueno, cómo quieres tomarlo!" Y cuando él asintió: "Ya sabes, detrás de tu jardín, donde cae tan repentinamente al suelo, un álamo italiano se para cerca de él y extiende sus ramas hacia la pared. almenas para completar el jardín allí. ¡Se dice que baja casi ochenta pies allí! Lo que quería decirte... ¡el árbol, debes cortarlo!"

"¿El álamo?", llamó el capitán del castillo. "¿Qué te preocupa, noble dama! Ella es la favorita del rey; ¡Su antepasado Christoffer los plantó cuando tomó posesión del sur de Jutlandia contra los hijos de Abel!

"Así que no tienes palomas ni otras aves nobles en la fortaleza", continuó descuidadamente, "¿y no fuiste despedazado así? ¡Porque turones o martas suben corriendo al árbol desde el bosque de enfrente y saltan de sus ramas al jardín!«

-¿Qué queréis, noble señora -dijo el caballero-; 'No entiendo lo que estás diciendo; Nunca he tenido aves valiosas, y si las hubieran despedazado, no dañarían el árbol del rey por ellas".

Ella lo miró; pero mientras él se sentaba allí en silencio, con la mano en la espada, ella levantó una campana de la mesa y la tocó, y cuando el niño entró, le hizo señas: "¡Gaspard debería venir!" Luego miró a su invitado de nuevo y preguntó cuando sólo para pasar los minutos: "¿Tienes mujeres hermosas en la fortaleza?"

"¿Qué piensas, noble dama?"

"Bueno, eso es lo que escuché también".

La boca del hombre serio casi sonrió: "¿Quién te lo dijo? Todos los sirvientes tienen medio siglo, y nuestra base está mucho más allá de eso. He sufrido, mujer; ¡La risa de la juventud me hiere los oídos!

Los fuertes labios de la mujer se torcieron, como si supiera más sobre su casa que él. Luego se abrió la puerta y el hombre moreno de la capucha había entrado en silencio pero con confianza y ahora estaba en el umbral.

"¿Quién es el hombre?" preguntó el caballero.

"Es mi escriba", dijo ella; "Deja que él mismo te cuente lo que vio en la noche, cuando pasó por tu castillo".

El capitán del castillo giró en su silla y miró al escriba. "Así que habla, hombre", dijo, "¡lo que tienes que decirme!"

Gaspard el cuervo había lanzado una mirada cautelosa al caballero oscuro desde abajo. "No sé", comenzó, "¡si te gusta! Cuando ya no se oyen los pies de sus palabras, ¡quién sabe si son de agradecimiento o de ingratitud!«

Signos de impaciencia se alinean en la frente del invitado: "Deja que tu esposo haga lo suyo, noble mujer, a quien me invitaste; ¡No tengo tiempo para otra sabiduría!"

"¡Habla claro, Gaspard!" llamó Frau Wulfhild.

—Sí, señor —empezó—, era una noche brillante, hace apenas una semana, cuando bajé de Haderslev por el camino entre su jardín y el hayedo; Entonces algo como una marta o un turón salió disparado de la sombra del árbol a mis pies a través del camino del gran álamo, y lo oí trepar por el árbol entre las ramas. Me puse de pie y pensé: ¡Pronto estará allá arriba y bailando en las almenas!«

"¿Así que lo que?"

"¡Sí, señor, no vino ni una marta ni un turón!"

El capitán del castillo comenzó: "Probablemente todavía esté sentado así en el árbol hoy!"

"Es posible", dijo Gaspard; "También es posible que haya un juego de magia involucrado. Probablemente hayas oído decir: un lobo salta en nuestro camino, y un ratón rojo también, y si lo haces bien, ¡tienes a una anciana o incluso a un joven sirviente en tu mano!"

El caballero lanzó una mirada escrutadora al orador: "¿De qué se trata esto? ¡Tu nariz y tus ojos son demasiado agudos para mí para una sabiduría tan cursi!"

Pero no había sospecha en los ojos de Gaspard que lo encontraron. 'Señor', dijo él, 'uno habla, otro contradice; pero mis ojos han visto tantas cosas: una marta había saltado al árbol de abajo, y arriba un polluelo se balanceaba de sus ramas a las almenas; Vi los botones dorados en su

brillaba la túnica y la luz de la luna brillaba sobre el cabello rubio dorado”.

El capitán del castillo se inclinó hacia adelante: "¿Y entonces?"

Luego saltó al jardín.

Una voz se elevó en el pecho del anciano caballero, diciendo: 'Era uno de los sirvientes que llegó tarde a la alegre bebida; ¡Debes usar los derechos de tu casa y no volverá a suceder!

Luego lo dijo en voz alta; pero Gaspard replicó: 'No sé, señor, si conserva tan buenos criados; el fant también parecía tener su lujuria aún por delante, y sus miembros estaban más seguros de lo que normalmente había visto después de beber. Sobre todo: detrás de la pared había una mujer; apenas una mujer todavía! Una cosita inocente; porque su túnica era blanca, bastante torpe para el cortejo secreto; ¡La luna brillaba en un anillo de plata que sujetaba su cabello oscuro!

"¿Y además? ¿Qué más viste?", gritó el caballero como si tuviera miedo.

"No vi nada más, señor".

La mujer sostuvo su hermosa cabeza en su mano y vio el rostro del caballero cubierto con el color de la muerte bajo su barba gris. Luego le hizo una seña al escriba, y él salió de la habitación. "Bueno, Herr Schlosshauptmann", dijo en voz baja; "¿Harás talarel árbol del rey?"

Volvió la cabeza, pero sus pensamientos habían huido a otra parte; preguntó: "¿Qué dijiste, noble dama?"

Y cuando ella volvió a pronunciar sus palabras, él preguntó más: "¿Tienes más que contar de esta aventura de lo que acabo de escuchar?"

Pero ella respondió: 'No, señor; ¡Debes estar tan contento ahora!

Él fijó en ella sus ojos sombríos y se dijo a sí mismo: '¿Qué quiere la mujer? Porque ella no te invitó por tu bien; ¡Ella sabe sobre quién está a punto de caer el álamo!' Pero él habló en voz alta y se enderezó en su forma poderosa: "¡Presionaste un hacha en mi mano! Dios me aconseje; ¡Y que él también esté contigo, noble dama!

Se dio la vuelta y salió de la habitación. En el patio de abajo, un sirviente paseaba a su caballo; lo llamó y se subió a la silla; luego el animal encontró su propio camino a través del bosque y los campos. Si las alondras cantaban alto en el cielo, si los halcones y las urracas gritaban a su alrededor, él no lo oía: como un hombre destrozado, colgaba de la silla; ante sus ojos siempre estaba su esbelto niño en los brazos de un extraño cuyo rostro no podía reconocer.

Sólo cuando el caballo trotó bajo los árboles de la colina del castillo montó y tiró de las riendas. Pero dio la vuelta a su animal y cabalgó de regreso, él mismo no sabía adónde; había una confusión demasiado dolorosa en su cabeza que no podía calmar ni calmar. Ya estaba oscureciendo cuando llegó a casa por segunda vez y ahora lentamente en el

entrar en el patio del castillo. Por la noche, de su cama, donde yacía con la cabeza erguida, lo empujaron de nuevo hacia arriba: de repente se encontró bajando las escaleras de la torre; luego se paró en la parte trasera del jardín, en el que no había puesto un pie durante años, y miró ahora a la copa del gran álamo, ahora hacia las profundidades. Sí Sí; ella presionó con fuerza sus poderosas ramitas contra la pared de la montaña y contra las almenas, él no la había mirado en mucho tiempo; ¡incluso el rey no pudo tolerar el árbol allí!

Luego volvió a subir a su glorieta y se arrojó de nuevo en su sofá; pero cuando el sonido del cuerno del vigilante llegó a sus oídos en el crepúsculo, saltó y bajó él mismo a una docena de sirvientes de sus camas. Y cuando el sol había salido, golpes atronadores resonaron a través del castillo, despertando a todos los que todavía yacían en sueños matutinos de sus camas. »Bas! bajo! ¡Viene el enemigo! —gritó Dagmar saltando de la almohada; y la anciana, todavía medio dormida, balbuceaba: "¡Por favor, niña! ¡orar! ¡Somos pobres mujeres!» Pero ahora que Dagmar estaba de rodillas frente a su cama, se incorporó con dificultad y apartó el cabello enredado de la frente de su amada con su mano suave y anciana. "Oh, niña", dijo, mientras los golpes retumbaban más y más fuerte, "esa es el hacha de madera, ¡nunca es la guerra!"

Un susurro como de alas de cien águilas, el estruendo de una terrible caída hicieron temblar en ese momento los gruesos cristales de la habitación. Dagmar estaba mortalmente pálida y su mano temblaba en la de su prima; pero ella sonrió: "No es nada, niña; ¡Derribaron un árbol!

Pero había terror en los grandes ojos de Dagmar.
"¿Un árbol? Oh Bas', ¡pensé que el cielo se estaba cayendo!"

La prima negó con la cabeza: "Venía del lado del jardín; ¿No escuchaste eso?"

Dagmar de repente agarró su ropa y la puso en marcha. tirar por encima 'Sí, Bas', creo; ¡Quiero bajar!«

"¡Eres una tonta!", exclamó el primo. "¿Qué te importa él ¿Árbol? ¡Los pájaros apenas han volado del nido!"

Pero el niño, al que se le cortó el aliento, ya había volado; y la anciana juntó sus manos en la oración de la mañana; los primeros rayos de la mañana caían por la pequeña ventana.

No mucho después, el capitán del castillo entró en el jardín: el mastín Heudan lo siguió. Cuando salieron por las almenas, el perro se paró y miró al frente como asombrado: el álamo, ¿dónde estaba? Luego volvió la cabeza y de repente corrió a saltos un poco de lado hacia la pared.

"¿Dagmar?" llamó el caballero. "¿Aquí? ¿tan temprano?"

Su hija permaneció inmóvil junto a las almenas y miró hacia abajo: no pareció oírlo; tenía las manos sobre el pecho, una encima de la otra, como si tuviera que tener prisionera a la muerte.

"¡Dagmar!", gritó con ansiedad. "¿Que pasa contigo? ¿Te has enfermado?"

Luego se volvió y lo miró.

"¿No me conoces? ¡Soy yo, tu padre!", gritó, atrayéndola hacia él con manos suaves.

Ella gritó: "¡Oh, él nunca volverá!" Luego se derrumbó en los brazos de su padre.

Miró con impotencia el rostro estrecho: las pestañas de los ojos cerrados descansaban tranquilamente sobre las pálidas mejillas; pero el corazón latía con tanta violencia, como si quisiera reventar el pequeño pecho. Se inclinó suavemente hacia su oído: "Dagmar, hija mía, ¿quién no volverá?"

Sus labios se movieron, pero no salió una palabra.

"¿Quién, mi querida niña?", repitió. "¡Quiero ayudarlo a buscarlo!"

Entonces una sonrisa dichosa cruzó el rostro pálido. "¡Rolf!", respiró ella; y una vez más: »¡Rolf!«

"¡Adelante!", gritó apresuradamente. "¿Qué sigue? ¡El nombre está en todas partes!«

Pero ella solo pudo sacudir suavemente la cabeza como si ese fuera el caso. todo lo que sabía.

»¿Rolf? ¿Quién es Rolf?« preguntó el caballero. La ira contra él que le había hecho esto a su hijo estalló en él de una manera ensordecedora; pero no debía regañar lo que ella amaba ahora: su vida dependía de ello. Surgió en su mente el mensaje del escritor Gaspard; un escudero, ¡un hombre caballero debe haber sido! Entonces un terrible pensamiento asaltó su cerebro. —Dagmar —dijo temblando—, ¡piensa en ello! No

cierto, llevaba una falda, un cinturón con bordado? ¿No tenía bordado un animal heráldico, domesticado o salvaje?

Miró largamente en vano su rostro; luego sus ojos se movieron bajo los párpados cerrados. "¡Un buitres!", dijo suavemente.

El caballero se levantó como golpeado por un golpe repentino. Rolf ¡Lembeck!», gritó. "¡Maldito! ¡Esto significa tu muerte!"

Pero el niño envolvió sus brazos fuertemente alrededor de su cuello. "¡Padre! ¡mi padre!", gritó. "¡Oh, me estoy muriendo!"

El momento que había previsto el médico del rey parecía haber llegado. De doble punta, la flecha le había dado en el corazón; no habló más; gotas despiadadas arrojaron el joven cuerpo en los brazos de su padre.

El caballero llevó en silencio a su hijo de regreso al castillo; Heudan, el gran danés lo siguió con la cabeza inclinada.

"¡Visitación!", murmuró el hombre. "¡Oh Santa Madre, toma a mi hijo bajo tu protección!"

Pero la Madre de Dios no era la guardiana del amor.

Un mensajero montado en el caballo más rápido cabalgó hasta Schleswig para buscar un médico seguro; mientras tanto, la prima, con mano temblorosa, colocó vendajes refrescantes alrededor del corazón de la niña, y un cirujano de Haderslev la ayudó; el capitán del castillo estaba de pie al pie de la cama. "¡Las lágrimas no ayudan!", dijo en voz baja y apretó los dientes.

Pero cuando cayó el crepúsculo, valientes pasos jóvenes surgieron del bosque más allá del jardín; pero se detuvieron de repente cuando llegaron al borde del bosque. Había una quietud silenciosa a lo lejos; Sólo una cosa era diferente de lo habitual: el árbol caído yacía en el camino frente a los pies que se acercaban, y por encima de la almena, donde solían susurrar las hojas de los álamos, ahora había aire vacío.

Pronto todo podría parecer diferente a los de abajo, porque en lugar de la cabecita oscura con el anillo de plata, de repente vio la figura de un hombre fuerte allí arriba junto a la pared. «¡Rolf Lembeck!», lo oyó sonar como en un sueño;

le pareció que la mano del hombre iba a la espada; no le importaba, era como un juego de fantasmas frente a sus ojos. Cómo resultó, cuando se fue de allí, más tarde no supo nada al respecto.

Muchos días, a la luz de la luna y del sol, Rolf Lembeck se encontraba al borde del bosque. Los días se hicieron más cortos, septiembre empezó a teñir las hojas, y sólo graznaban los cuervos y los gaviñanes en el bosque; pero desde entonces no vio más que las almenas desnudas allá arriba, y no hubo camino, ni noticias entre él y ella.

Era un amor como el que aún no había sentido, y cavó su marca en su rostro esperanzado y extinguió el brillo en sus ojos azules.

Oh amor, oh angustiosa angustia,

quiero llevarte

pleitos especiales

Desde el amanecer hasta el anochecer;

Simplemente no de qué decir:

¡Sin vida y sin muerte!

Así se lamentó. Pero ella, la única, no lo oyó; fue otro quien vino a tomar su mano.

Dagmar yacía en el sótano de la base; la anciana había hecho sitio para su hijo y tendido una cama en otro sitio. Los últimos sacramentos habían sido administrados al paciente esa noche; ahora las primeras luces de la mañana irrumpieron en la habitación.

"¡Mi padre!", gritó.

"¡Estoy contigo, niña!", dijo el capitán del castillo, que había vigilado junto a la cama esa noche.

"¡Escucha!", dijo, levantando un dedo sobre su mano pálida.
¡Por encima de nosotros, allá arriba en el caballete de la casa, cantaba el mirlo!

Sacudió la cabeza: 'Te equivocas, Dagmar, ningún mirlo canta en octubre; las hojas ya están cayendo.«

"¡Sí, solo escucha!", dijo de nuevo. ¡Oigo que canta mi muerte!»
Y se tendió en la cama y cruzó las manos bajo el pecho.

'Hija mía, tú sabes que ella también le canta a la vida; pero no oigo ningún mirlo".

Ella no respondió; solo su cabeza, la que tiene cerrado los ojos en la almohada se movieron como en negación.

El caballero miró a su hijo y cómo el pequeño pecho subía y bajaba en pesados rasgos; luego se hizo más tranquilo. De repente, estiró los brazos como en ferviente oración.

"¡No no! ¡Oh, todavía no!», exclamó ansiosamente; "¡Solo un poco más!" Luego giró la cabeza y miró a su padre con los ojos muy abiertos.

Se sobresaltó, porque conocía ese resplandor resplandeciente; el alma parecía sujetarlo con dificultad.

"¡Habla, hijo mío!", dijo el caballero en voz baja.

"¡Me muero hoy!", dijo con dureza, y su pequeña mano agarró con fuerza el brazo de su padre. "Todavía tengo un deseo terrenal: ¡No te enojas con Rolf Lembeck!", gritó vacilante.

Pero el nombre odiado, que ella nunca había pronunciado, había penetrado en su corazón como la picadura de un gusano venenoso.

"¡No nombren al malvado! ¡El amor que te engañó se pudrirá con tu cuerpo en la tumba!

"¿Quién dice eso?", gritó con violencia.

Yo no, hijo mío; lo dicen los libros sagrados, la iglesia! ¡Tú lo sabes!"

Un suspiro, como un adiós a toda dicha terrenal, escapó de su pecho. Pero entonces un pensamiento apresurado apareció en sus ojos, y sus manos apartaron el cabello enredado de su frente. "No", gritó en voz alta y se incorporó bruscamente, un brillo fantasmal voló de sus ojos, "Lo sé, padre: ¡el amor es más fuerte que la muerte!"

Una carcajada llena de desesperación salió de la garganta del caballero. "¡Dios los separará!", gritó. 'Él te mostrará a la madre de su hijo; él, el maldito, al fondo de los infiernos. ¡Haz tus oraciones para que Dios pueda arrancar su imagen de tu alma!"

Entonces ella no respondió más; pero alzó las manos en oración, e implorando que ningún corazón humano se le hubiera resistido, dijo: "¡Ayúdame, querido Señor Dios!
¡No te lo lleves! ¡No podría vivir en tu cielo de otra manera!"

El hombre fuerte cayó de rodillas: "¡Habla, niño!
¡Todo lo que quieras!"

Se había levantado con ambos brazos, miró a su padre con los ojos muy abiertos. "¡Rolf Lembeck!", susurró con voz ronca. "¡Nada más!" Ella le había arrancado las palabras a la muerte; No era Dagmar, solo uno de los fantasmas de Dagmar estaba sentado en su lugar. ¡Invítalo a mi cadáver, padre! Su ojo se posará en mí; ¡una vez más! Entonces —su voz se quebró de repente—, ¡déjalo ir en paz!

Su boca estaba en silencio; ella se hundió en sus almohadas.

Mientras tanto, el acólito había entrado en silencio y se arrodilló a su lado. ¡Ay, niña, y en tal tormento nos quieres dejar!, murmuraron los viejos labios; pero el paciente no se movió más. El caballero se dijo a sí mismo: "¡Se acabó, mi vida con la tuya!" Puso su mano suavemente sobre la frente de Dagmar y dijo: "¡Será como tú quieras, hija mía!" Y como una sonrisa voló una vez más sobre ella. cara, ella todavía estaba viva.

Pero como su respiración se debilitó y él vio que su alma estaba a punto de huir, se dirigió a una tiendita en la que yacían velas consagradas, recordando aún la gran muerte. Sacó uno y lo encendió con la pequeña lámpara que aún estaba encendida. "¡Por el último!", dijo, y volvió junto a su hijo; luego tomó sus delicadas manos y las cerró alrededor de la vela encendida y cuidadosamente colocó las suyas sobre ella, para que ni una gota de cera caliente la disuadiera de su último camino. Se sentó en silencio esperando en el borde de la cama; el primo arrodillado junto a él habló: »Dios te dio un poco de luz; ¡que resplandece en ti para vida eterna!" Y ambos vieron cómo la llama se movía cada vez más débilmente por el aliento de los moribundos. Entonces, de repente, la vela parpadeó y se apagó; un humo azul claro flotaba a través de la habitación. "¡Dagmar, hija mía! ¡Oh dulce Dagmar!, gritó el hombre; pero Dagmar había inclinado suavemente la cabeza y una hermosa mujer muerta yacía ahora sobre las almohadas. El primo habló: "¡Nos vemos de nuevo en el reino de los cielos de Dios!"

El capitán del castillo, que había guardado la vela apagada, ahora fruncía el ceño ante el cadáver de su hija: "Su nombre fue el último". Fue a la puerta y tocó el timbre.

Un viejo sirviente había entrado. "Mi hija Dagmar ya no está en la tierra", dijo, y de repente se quedó en silencio; el hueso fantasma de la muerte que sea suyo

El niño que había tomado estaba en su mente, pero en lugar del cráneo desnudo, lucía la hermosa cabeza del joven caballero Lembeck en los huesos del hombro. Y de los pliegues largo tiempo cerrados de su corazón, la irascibilidad se disparó en su cerebro y lo barrió vacío de desesperación y sufrimiento que quería aplastarlo. Y en él decía: 'Se hará; di mi palabra pero en vano, Rolf Lembeck, ¡tampoco seas la gota más pobre de tu suerte amorosa!' Luego se volvió hacia el sirviente: "Compréndeme, Sine, y dile también a los demás: durante tres días, hasta que te suelte la lengua. , pase la muerte no noticias de nuestros muros! La campana del tren no debe sonar; envíame a Ambrosius, mi viejo criado, inmediatamente; ¡Que el sacerdote me espere abajo en mi cámara!

Hacia la tarde del día siguiente, el caballero Rolf Lembeck estaba sentado bajo el tilo en el patio de Dorning. Él estaba solo; El día de su regreso, cuando el álamo y su suerte habían sido talados, Frau Wulfhild tuvo que correr a su granja en Holstein: había dicho que había estallado una disputa entre el granjero y los sirvientes y que la presencia de la señora se había vuelto necesario. Pero probablemente había algo más profundo en el fondo; en el momento de partir, Rolf había notado una mirada de horror petrificado en su rostro; la pasión por su marido parecía extinguida por completo.

Después de su partida, el escudero Bookwald le había parloteado que se decía que Hans Pogwisch, el capataz del caballero, no había muerto por la herida, sino que había muerto por envenenamiento; así hablan en el cuarto de servicio; de dónde viene no lo sabe; pero cuando la criada del delantal se lo llevó a la mujer, ella estaba muerta de miedo y enojada la obligó a permanecer en silencio, lo que no quería ayudar.

El caballero reflexionó sobre esto, y sus ojos siguieron con indiferencia mientras la sombra del atardecer cubría gradualmente la fuente y todo el patio. "¡Por eso!", dijo en voz baja; 'ella no quería a nadie con ella; ¡Yo no, y mucho menos Gaspard!» Entonces sus pensamientos volaron con él hasta el pueblo isleño de Borgsum; lo que le había dicho a su padre allí en el edificio volvió a él: escuchó al anciano reír de nuevo con la historia de Orlamünder: "¡Paciencia, hijo mío! ¡Solo verás lo que esta mujer vale para ti cuando el danés te ataque! ¡Y hay que tener cuidado con los Schauenburger!» Pero cuando surgió la noticia de la muerte de Pogwisch, se quedó en silencio; había levantado una piedra del suelo y la había arrojado dentro del edificio. "¿Amante de Dorning y bruja venenosa?", había exclamado en voz alta. "¡No, Rolf, no debería, incluso si fuera la hija del gran Carol! Yo te ayudo, hijo mío; pero paciencia! porque las flechas desafiladas no te matan!

Todavía podía sentir cómo se le había aliviado el aliento con estas palabras, con qué suavidad el aire de la noche acariciaba su cabello, ya que más tarde y en vano se lo llevó a ella. Suavemente y en agonía la llamó por su nombre.

Estaba oscureciendo más y más, y el caballero se había levantado para volver al castillo; luego vino un sonido atronador de la puerta exterior, que ya estaba cerrada; allí la losa y el martillo colgaban encadenados del poste; alguien había golpeado para pedir la admisión. Entonces la puerta más grande crujió, y pronto uno de los guardias salió del camino que cruzaba el patio e informó: "¡Un mensajero del capitán del castillo en Haderslevhuus!"

"¿Tan tarde?", Rolf Lembeck se sintió como si fuera invisible. recibir un golpe. "¡Déjalo venir aquí!"

Entonces alguien entró cabalgando en el patio, y cuando se acercó, el caballero reconoció por la luz de la luna que brillaba sobre el edificio lateral que estaba vestido de forma colorida y alegre: un cordón de seda rojo claro colgaba de su axila, una pluma similar de su capó Pero cuando se apeó torpemente de su caballo blanco y, tras entregar el animal al sirviente, se paró frente al caballero con la cabeza descubierta, éste vio que era un anciano cuyo bigote blanco colgaba sobre una boca desdentada.

Hizo una reverencia y comenzó un discurso largo, casi incomprensible; pero el caballero lo interrumpió: "No tengo deseo de lo superfluo; ponte cómodo, dime brevemente lo que tu amo quiere de mí! ¿Parecía que deberías invitarme a la boda?"

"Me escuchó bien, señor caballero", dijo el mensajero; "Pero te agradezco por enderezar el camino".

"¿Para la boda?", preguntó pensativo Rolf Lembeck. »A uno le importa ¡De lo contrario, ordenar tal carga en la más amplia de las mañanas!

"¡Perdóneme, señor! Solo soy el mayor de los sirvientes y he cabalgado como me envió el amo.

"Dime, ¿de quién es el matrimonio? ¿Su señor le dará ayuda de cámara a la viudez?"

Entonces el mensajero pareció recuperarse con dificultad, y fue solo después de un rato que habló: "Es la doncella Dagmar, la última hija del Señor, en cuyo día de fiesta debo solicitar tu presencia".

El caballero no dijo nada, sofocando el grito en su cerebro: "¡Mientes!" Sólo su rostro volvió a ponerse moreno y pálido; pero el mensajero no lo vio, porque el caballero estaba sentado a la sombra de los tilos. Por fin dijo con voz seca: "Dime, ¿cómo se llama el hombre que ha tenido tan buena fortuna?"

"Señor", respondió el anciano, "¡fue un pretendiente rápido! No lo vi, y su nombre no me fue mencionado; sin embargo, será ampliamente conocido en el mundo. Faltan testigos caballerescos; por eso quieres hacer el honor solicitado a la virgen! ¡Si vienes al amanecer, todo irá bien!

Nuevamente el caballero se quedó en silencio, y el mensajero se quedó esperando frente a él. Sirvientes solteros con tenues luces de bocina cruzaron el patio, y cuando la puerta de la habitación de los sirvientes se abrió en el ala, un rayo de luz voló a través de las sombras de la pared; en el pozo las gotas cayeron del balde con un sonido. Entonces pasó un paso joven. "Geist, ¿eres tú?", Gritó el caballero.

"¡Soy yo, Señor!"

"¡Así que llévate al mensajero contigo y haz que le dé un buen trago!"

"¿Y qué noticias le traigo a mi amo?", preguntó este último.

"¡Solo vamos! ¡No debo estar ausente donde se casa la doncella Dagmar!«

Se fueron, y el caballero volvió a sentarse en el banco de tilo. En vano sondeó su mente estos enigmas; pero por dentro hervía de dolor y rabia.

Al día siguiente, cuando ya caía la sombra de la tarde, Gaspard el cuervo se paró frente a su amo en una habitación del castillo; los ojos de la carita inteligente parecían casi cansados. 'Te ves enfermo; ¿Qué te pasa?' -dijo el caballero, que estaba sentado a la mesa con el brazo extendido.

"Señor, estos son malos tiempos para nosotros", respondió el escriba, mirando los ojos apagados y vacíos del otro. "¡Si me lo permites, tú mismo apenas te pareces a un invitado de boda!"

La respiración pesada era la única respuesta.

«¡Señor!», exclamó Gaspard de repente, «¡no vaya a donde ha sido invitado!»

El caballero lo miró distraídamente: "¿Quieres decir? ¿Por qué no, Gaspard?"

"Perdóname si sé más sobre tus últimos días de lo que crees" y Gaspard dejó caer la cabeza hacia un lado "¡Eres inocente en —, tu corazón! ¡Señor, no confíes en los daneses!"

"¡Sabes, ningún danés me invitó!"

Es el hombre del rey.

El caballero respondió sin tono: "¡Así habla, si has visto algo diabólico de él!"

«¡Señor!», dijo Gaspard, poniendo la mano sobre su estrecho pecho;
»¡Mientras nuestra señora no pida mi servicio, al que pertenece por adelantado, la cabeza y la mano son tuyas!

Seguí al mensajero esa noche y me deslicé alrededor del castillo hasta el amanecer, luego otra vez desde la mañana hasta el mediodía: parece como si estuviera tapiado; ninguna puerta, ninguna ventanilla se ha abierto; No noté nada. Pero, ¿qué es la boda para ti? El capitán del castillo debe haber ido a buscar a un escudero danés e hizo que forjaran al pobre niño con él. ¡Pero a vosotros se os dará de beber de las copas de bodas el escarnio y la aflicción! Quién sabe, ¡puedes beber la muerte de él! ¡Quédese, no se vaya, querido señor!

Quería caer a sus pies; pero Rolf lo agarró por los hombros y lo miró con ojos chispeantes: "¡Ya que lo dices en serio, escúchame, Gaspard!" ¡Muerte, debo! ¡Ese niño ha bebido mi alma!"

"¡Llama al Junker por mí!", continuó después de un rato. 'Él traerá mi túnica negra; que me queda bien en esta boda! ¡Y también mi espada más afilada! ¡Ustedes dos, si quieren, pueden acompañarme!"

Unas horas más tarde siguieron cabalgando, y ya los caballos trotaban por el sendero arenoso y al amparo de la oscuridad del bosque. Se había levantado un viento ligero y las nubes se movían a través de la luna; por encima de ellos susurraban las copas de los árboles. Rolf Lembeck, que iba delante, no había dicho una palabra en el camino; cuando se acercaron al castillo, presionó el

puño izquierdo sobre su pecho como si tuviera que evitar que la sangre brotara. Gaspard también había tenido suficiente preocupación y curiosidad y dejó descansar la lengua; sólo Junker Gehrt ocasionalmente empujaba las espuelas en los flancos de su yegua para que se levantara salvajemente; tuvo que dar rienda suelta a su júbilo interior, porque estaba pensando en la danza circular con doncellas bellamente adornadas, hacia la que cabalgaba.

«¡Gaspard!», gritó; "¿Es que escuchas las flautas y los violines del castillo?"

Pero Gaspard se rió hoscamente: 'Ustedes, muchachos, son tontos; Puedo oír el chirrido de las veletas en las pequeñas torrecillas.

"¡Oh qué! ¡Tienes buenos oídos!«

Pero se quedó sin respuesta. Hicieron girar a los caballos por el oscuro pasadizo de los árboles y trotaron colina arriba hasta el castillo. Un resplandor brillante vino hacia ellos a través de dos puertas abiertas y sobre el muro cortina. «¡José y la Virgen Santa!», exclamó el escudero; ¡Allí arde la cera de todo un verano!«

-Sí, escudero -dijo Gaspard-, vuestra juventud no permanecen ocultos."

Así que cabalgaron por el puente a través de la puerta de entrada al patio interior, donde el poderoso edificio se levantó ante ellos; desde los múltiples huecos de sus pequeñas ventanas salía disparado hacia ellos un torrente de haces de velas; sólo a la izquierda del ala asomaba sin luz la torre roma en la noche estrellada. A sus ojos deslumbrados, el patio estaba abarrotado hasta las paredes; pero

no parecía un ajetreo nupcial; era como si simplemente estuvieran girando la cabeza y susurrando suavemente entre ellos.

Cuando los jinetes hubieron saltado de sus monturas y los sirvientes se adelantaron para alejar a los animales, un hombre alto con el rostro pálido como la muerte y cabello gris se paró frente al caballero; dos sirvientes con linternas cuyas llamas soplaban en el viento de la noche estaban a su lado. Cuando los caballeros se vieron a la luz de las antorchas, se detuvieron un momento, cada uno sobre el traje negro del otro; entonces el hombre gris habló: »¡Dé gracias, señor caballero, de mí y para mi hijo! ¡No podrías estar ausente aquí hoy!"

"Yo también lo pensé", respondió el otro con inquietud.
"¡Pero quiere guiarme ahora, Herr Schloßhauptmann, para que ponga sus deseos y respeto a los pies de la novia!"

El anciano caballero, que había estado mirando a su invitado, inclinó la cabeza y le tomó la mano; los sirvientes con las luces caminaron delante de ellos a través de la gente silenciosa hacia la torre de la escalera del edificio. Cuando entraron, Gaspard, siguiendo al escudero, miró por una puerta abierta que conducía de lado al salón inferior; allí ardían muchas velas, por lo demás estaba vacío; sólo un perro grande dormía en medio de las tejas.

Pero el dueño de la casa los condujo por la escalera de caracol hasta el piso superior. Entonces Rolf Lembeck habló mientras subía:
»El patio está lleno de gente, señor; ¿Por qué hay tanto silencio aquí?

El capitán del castillo, sin embargo, echó la cabeza hacia atrás. "Mi niño ha sufrido mucho", dijo; "Requiere descanso".

Habían entrado en un gran salón, a un lado del cual había muchas puertas, básicamente una puerta doble cerrada; frente a esto había una estructura baja cubierta con terciopelo blanco; a ambos lados del salón había hombres y mujeres, todos en reposo solemne y vestidos con túnicas negras; sólo en la puerta doble se encontraba un sacerdote con una túnica blanca.

La respiración del joven caballero se volvió pesada mientras miraba a su alrededor. "Herr Schloßhauptmann", dijo de nuevo, "usted quiere decirme: ¡nunca había visto una boda con invitados tan oscuros!"

Pero él respondió: "Desde hace tres días mi hijo ha adoptado el negro como color de su cuerpo; Probablemente sea extraño, pero es el último, así que tengo que hacer su voluntad. ¡Ten paciencia, la novia aparecerá pronto!«

Rolf Lembeck no dijo nada, y entre toda la gente se volvió a hacer el silencio.

Luego, un susurro se acercó detrás de las puertas cerradas, una procesión de pasos lentos se hizo audible, y cuando las puertas se abrieron, las voces de las mujeres jóvenes cantaron un de profundis como si vinieran de las estrellas.

Un escalofrío recorrió los miembros de Rolf Lembeck; pero la procesión de doncellas ya había cruzado el umbral. Se estiró y levantó la cabeza; se quedó allí como congelado, y sólo su ojo se volvió como el de un ave de rapiña. Vio a las doncellas cantantes levantar un arca de sus hombros y bajarla sobre el escenario de terciopelo; vio a una mujer con túnicas blancas, no,

no una mujer; La cara de un niño muerto se asomó a las vendas
–, blancas, luego el hechizo lo abandonó: un grito terrible resonó en el
pasillo. El canto cesó y Rolf Lembeck se abrió paso entre la multitud
con los brazos en alto; se arrojó sobre el ataúd y presionó sus labios
contra el rostro muerto de su amor: "¡Oh Dagmar, esta es nuestra boda!"

Entonces un rugido recorrió la multitud, las espadas volaron de sus
vainas y se escucharon gritos y gritos: "¿Quién es? ¿El Lembeck?
¡Atrapa al loco, al violador de cadáveres! ¡Mátalo!" Pero el sacerdote
extendió sus manos hacia el audaz y gritó: "¡Anatema!" Sólo uno de los
jóvenes cantores, que había captado la mirada de sus ojos azules, se
arrodilló y oró: "¡Oh Dios de ¡Amor, ten piedad de los dos!"

Rolf Lembeck no se movió, su espada afilada colgaba silenciosamente
en su vaina. De repente le llegó la voz de Gaspard: "¡Huye! ¡Huye,
Señor! ¡El Junker y yo estamos bloqueando el camino hacia aquí!"

Él sacudió su cabeza hacia arriba; vio el brillo de las espadas y,
como fantasmas, las formas negras se apretaron contra él; ya Gaspard
cayó al suelo a su lado; luego brilló en su cerebro como un clima
sombrio: duró una respiración más, luego, de repente, sacó a su amor
muerto de su cajón y huyó. A través del ruido furioso que surgió, la
poderosa voz del capitán del castillo resonó: "¡Atrás! ¡Mi hijo, mi partido
y el maldito también!"

Pero Rolf Lembeck ya no estaba en el salón. Sosteniendo el cadáver
contra sí, con los ojos fijos enloquecidos en el dulce y rígido rostro,
había huido por el pasillo más allá; acababa de dar un portazo en la
puerta de enfrente.

La sala estaba vacía: las velas ardían; Pero Rolf huyó, no sabía adónde; ¡Solo en algún lugar solo, a salvo con ella!
¡Solo una última hora tranquila más con los muertos! No pensó en nadie siguiéndolo; atravesó una puerta y entró en pequeñas cámaras lúgubres, donde sólo un rayo de luz de luna caía sobre el rostro inmóvil; Abrió una puerta grande un tramo de escaleras más abajo, y lo recibió el resplandor de las velas de un amplio salón; un perro poderoso se levantó del medio del piso y corrió hacia él, gruñendo roncamente. Rolf abrazó con más fuerza al cadáver y ya tenía la mano en la espada cuando el gran animal saltó sobre él, gimiendo tiernamente.
“¡Heudan, eres tú, Heudan!” gritó y se paró por un momento y puso su mano acariciando la cabeza del animal.

Pero al otro lado de los escalones de la torre lo enfrentó la terrible figura del capitán del castillo; un grito de rabia voló hacia él, por lo que huyó por la misma puerta y la cerró de golpe detrás de él. Otro cuarto oscuro, luego su pie golpeó una escalera; subió, ahí venía detrás de él no, era sólo el perro. La escalera serpenteaba más alto, solo que aquí y allá había un agujero en la pared a través del cual soplaba el aire de la noche, luego en su cabeza una escotilla abierta. Pasó a través y los arrojó.

Era la losa de la torre roma que había escalado; Ni un sonido provenía del patio de abajo, todo parecía haberse quedado vacío allí. La copa del tilo susurraba suavemente desde abajo, porque el viento de la tarde casi había amainado; sobre él, el cielo resplandecía con sus millones de estrellas, y desde el sur brillaba la bahía del Pequeño Cinturón; a través de las aguas, la luz de la luna había arrojado un puente de luz.

Rolf estaba de rodillas, su amada en su regazo.
"¡Fuera las vendas para los muertos!", dijo en voz baja y las deshizo.

anchas cintas blancas que rodeaban la delicada cabeza: qué triste alegría voló por sus ojos cuando la negra cabellera de seda salió a borbotones. "¡Sí, eres tú, dulce y sagrada Dagmar!"

Entonces resonaron pasos desde la escalera de caracol; subieron rápido y enojados. Saltó; corrió al parapeto y sostuvo a la mujer muerta con ambos brazos hacia el amplio espacio del cielo: todavía había lugar para él y para ella; en la tierra no más! De repente, giró la cabeza, la trampa se abrió y la mitad del cuerpo del capitán del castillo sobresalía. Pero no subió más; con ojos horrorizados, extendió los brazos y gritó en amarga súplica: "¡Rolf! ¡Rolf Lembeck, dame a mi hijo!"

¿Qué es el cadáver para ti?

Pero volvió los ojos a la cara pálida. "¡Oh, Dagmar!", exclamó; «Cariño, ¡bendita! ¡Ahora extiende tus alas y llévame contigo! Él envolvió sus brazos fuertemente alrededor de su cintura; de repente el anciano estaba detrás de él; se lanzó hacia adelante y lo agarró, pero su puño se fue al vacío. Sintió como si una sombra pasara volando junto a él; vio más allá del parapeto, como en la noche estrellada, la ropa moribunda de su hijo ondeando; luego nada más, sólo desde abajo sobre las reverberaciones de una fuerte caída. La brisa de la tarde barría el techo de la torre vacía; el perro se paró con sus patas delanteras en las almenas y miró hacia abajo, gimiendo.

Entonces su ira se desvaneció como el humo; cayó de rodillas y juntó las manos: «¡Señor Dios, llévatelos a ambos a tu reino con misericordia!» Y sobre él, las estrellas de la noche titilaron en su calma silenciosa e inquebrantable.

Así terminaron dos hermosas flores humanas, y así termina esta yegua; fue como dice en nuestra vieja canción:

"Ese amor siempre da al final sólo sufrimiento".

"¿Y los otros?", preguntas, "¿qué fue de ellos?"

¿Los demás? No he podido averiguar nada más sobre ellos; ¡Había monasterios en la época a los que podía huir una vida desfavorecida, incluso fallida! ¿Que importa? Los sonidos de sus pasos se han perdido durante siglos y nunca se volverán a escuchar.